

BURTON HARE



EL EXTERMINADOR



Un agente especial de los servicios secretos norteamericanos tiene la misión encomendada de aniquilar al mas peligroso y a la vez escurridizo espía soviético. La pista que toma para seguirle el rastro es una escultural chica que trabaja en locales de no buen renombre y que al dar con su domicilio los secuaces del espía le preparan una emboscada donde cae muerta la chica...



Burton Hare

El exterminador

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1009

ePub r1.1

Lds 04.02.18

Título original: *El exterminador*

Burton Hare, 1969

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre gordo estaba sentado al otro lado de una vieja mesa de madera, en un pequeño despacho de la Embajada soviética. Pequeñas gotas de transpiración se deslizaban por su grasienta frente.

Echó a un lado los papeles en los que había estado haciendo anotaciones marginales y se echó atrás, secándose el sudor. Luego, tomó otro de los sobres recién llegados de Moscú en la última valija diplomática y lo abrió.

Dio un respingo y casi se levantó. Maldijo con entusiasmo en voz baja porque era la séptima vez en dos semanas que le acuciaban con el mismo asunto.

Se retrepó en el sillón, cuyos muelles chirriaron. Leyó atentamente las nuevas órdenes, repetición de todas las anteriores. Sólo que esta vez incluían algo más:

Una ficha.

Era una cartulina amarillenta como había visto otras muchas cuando ocupaba el puesto principal en el archivo del Ministerstvo Vnuthennih Del, corrientemente conocido con el nombre de MVD responsable del espionaje militar en la URSS y de la dirección del espionaje fuera de la Unión Soviética.

En la ficha había una fotografía no muy clara de un hombre de rasgos duros, ojos claros y boca recta y expresiva, casi sensual según opinión personal del hombre gordo.

Los datos de aquel individuo los sabía de memoria. Y la indicación que constaba en el ángulo superior derecho de la cartulina, estampado a mano con tinta roja, también era más que expresiva:

«M. prioridad 1.»

Para un profano no habría significado más que otra indicación burocrática cualquiera.

Para el hombre gordo significaba ni más ni menos:

«Matarlo cuando se le encuentre».

Suspiró. Gruñó entre dientes y leyó una vez más aquel nombre: John Wagner.

Se levantó pesadamente y sin abandonar la cartulina salió del pequeño despacho, recorrió un pasillo y entró en una cámara sin ventanas en la que sólo había una mesa, una silla y cinco teléfonos, cada uno señalado con un número distinto.

Eligió el número dos, porque estaba seguro que aquél jamás podría ser interferido, incluso en el caso improbable de que los americanos decidieran meter la nariz donde no debían.

Descolgó el auricular, marcó un número y esperó, cada vez más impaciente. Una voz seca retumbó al otro extremo. El hombre dijo:

—Ha llegado una nueva orden.

—¿Qué orden, de qué está hablando?

—Esta vez acompañan también la ficha, Andrey.

—Un momento, no comprendo... ¿De qué ficha se trata? El hombre se sulfuró.

—¡Maldito seas! ¿Oyes lo que te digo o estás ahí parado rascándote la nariz? ¡Se trata de John Wagner otra vez!

Sonó algo semejante a un quejido a través del auricular.

—Entiendo. Pero la situación es la misma. Hasta que se le localice...

—¡Ya basta! No te llamé para que me soltaras otra sarta de excusas.

—Bueno, todo lo que yo...

—¡He dicho que basta! —rugió, interrumpiéndole—. ¿Me oyes?

—Está bien, lo siento. ¿Qué es lo que quiere?

—¡Quiero a Wagner! ¿No es pedir poco, Andrey? No es más que un solo hombre y nosotros poseemos una organización soberbia que abarca todo este cochino país. ¿No te parece que ha de ser fácil cazar a un hombre solo?

—No es nada fácil y usted lo sabe. Además, no se trata de un hombre solo. Pertenece a una pandilla de ejecutores como no hay otros en todo el mundo.

—¡Es un hombre solo! Ese organismo al que pertenece ni

siquiera existe legalmente. No está reconocido, y en realidad, crearía un sinfín de problemas a su propio gobierno si alguien pudiera probar que realmente esos hombres trabajan por su cuenta.

—Sigo insistiendo en que no es fácil localizarlo.

—Está bien, lo acepto. ¿Qué más puedes decirme de él? ¿Qué clase de hombre es, dónde vive, qué familia tiene? Debe haber una familia en alguna parte.

—No la hay. Sus padres murieron hace años. El único hermano que tenía murió en Vietnam. Se divorció apenas un año después de casado.

—¿Dónde está ahora su mujer?

—¡Le digo que se divorció!

—¡Ya te oí! Pero si la encontramos quizá pueda ser utilizada como palanca para hacerle asomar la cara donde podamos vérsela.

—Imposible. Murió.

—¿La mujer?

—Seguro. Lo averigüé con toda seguridad.

—Tiene que existir alguien. Escucha, tienes un grupo a tus órdenes. Esos perros harían cualquier cosa por dinero. Ofréceles todo lo que quieran, pero ponlos a trabajar a todos en este asunto. Es preciso satisfacer a Moscú o nos volverán locos. Desentierra el pasado de John Wagner desde su nacimiento y averigua cuáles son sus debilidades.

—No creo que ese tipo tenga un solo punto débil.

—Todo el mundo tiene un lado flaco en alguna parte. Nosotros somos una organización, ¿de acuerdo? ¡Entonces, encuéntralo! No ahorres esfuerzos ni dinero.

¡Encuéntralo!

—Está bien, haré lo posible.

—¡Eso no es suficiente!

—¿Qué?

—¡Encuéntralo! —repitió el hombre gordo.

—Está bien, cálmese. Yo le llamaré cuando sepa algo.

—Bueno.

Colgó y permaneció un rato más frente al teléfono. Luego, regresó a su despacho, arrojó la ficha amarillenta sobre la mesa y se quedó allí, quieto y pensativo, mirando aquella cara cuyo propietario amenazaba convertirse en un buen dolor de cabeza.

Si no era localizado pronto, el dolor de cabeza se convertiría en algo mucho peor...

CAPÍTULO II

Johnny Wagner estaba sentado en compañía de otro hombre en una mesa del restaurante Montmartre, en la avenida Lexington de Nueva York.

Era alto y elástico, de poderosos músculos que ni siquiera el holgado traje veraniego lograba disimular. Sus hombros anchos sostenían un fuerte cuello corto sobre el que se erguía una cabeza de revueltos cabellos negros, en los que brillaban algunas hebras grises en las sienes a pesar de su juventud aparente.

Los ojos, tan claros que daban escalofríos, tenían el color del acero, y, en general, se desprendía de él una suerte de influjo magnético que desconcertaba a los que no le conocían y preocupaba a sus amigos.

El hombre que le acompañaba suspiró.

—Echa un vistazo a «eso», Johnny. Éste levantó la cabeza del plato.

—¿Qué? —dijo.

—A la fulana que acaba de entrar. ¡Qué tipo, muchacho!

Johnny Wagnerladeó la cabeza. Su mirada relampagueó al fijarla en la soberbia mujer que cruzaba entre las mesas, apagando las conversaciones y llevándose prendidas en su exquisita figura todas las miradas.

—Muy buena —gruñó.

Era alta, de cabellos castaños, labios apenas maquillados y ojos verdes, de un verde intenso, como los de una pantera. El profundo escote de su vestido negro mostraba su garganta blanca y suave hasta donde ésta se unía a la firme curvatura de los senos.

El *maître* corrió a su encuentro, habló brevemente y luego le acompañó a una mesa donde ya estaba sentado un hombre obeso de

aspecto importante.

—¿Qué te parece? —insistió el amigo.

—Soberbia, Slade.

—¿Sólo eso? —Slade soltó una risita—. No finjas, condenado. Tienes buen ojo para las golfas de ese tipo. Todo el mundo sabe la clase de individuo que eres.

—¿De veras? Slade parpadeó.

—Bueno, inténtalo tan sólo.

—¿Intentar qué?

—Llévartela adonde sea que tengas tu nido. Toda la gente gorda de Nueva York lo ha intentado alguna vez sin conseguir nada más que llevarse un chasco. Yo mismo lo probé una vez. Me tumbó con una sola mirada. Hizo que me sintiera poco menos que un cubo de basura.

—Quizá es lo que eres en el fondo, Slade.

—¡Cuernos! ¿Crees que no te conozco?

—No.

Slade se echó a reír, arrellanándose en la butaca.

—Darías el brazo derecho por ella, muchacho, y no me digas que no. Verás, se llama Janet Larsen. Es la modelo más solicitada de América, tiene dinero, de modo que no puedes atacarla por ese lado.

—Olvídalo.

—¡Demonios, no! Los que acostumbramos a perder en estos trotes nos gusta que los ganadores se estrellen de vez en cuando. Inténtalo tan sólo, Johnny. Después de todos esos meses sin verte me gustaría que sufras un revolcón que me sirva de consuelo. Escribiré algo de ello en el periódico.

—Vete al demonio, chico. Slade no se dio por vencido.

—Eres un gran tipo, Johnny. Ha habido más mujeres en tu existencia que en las vidas de cien hombres honestos y corrientes. Prueba con ésta... Sólo para que los que te conocemos podamos dormir tranquilos.

—Pero ¿alguien me conoce, Slade? Éste dio un respingo.

—Muchacho, ahora has dicho algo sobre lo que vale la pena pensar un poco. Uno llega a la conclusión de que tiene una gran amistad contigo, que puede fiarse hasta el fin en tus cualidades... y de pronto descubre que no, que no sabe una palabra de ti a pesar de

vernos un par de veces al año, cuando apareces por Nueva York como si acabaras de caer del planeta Marte.

—¿Eso es todo?

—¡Cuernos, no! Por lo que sé de ti, me doy cuenta de que no eres nadie. Ni siquiera deberías existir.

—Soy un aparecido —rió Johnny distraídamente.

—Seguro. Tienes la piel más bronceada que uno de esos lindos *gigolós* de Miami. La última vez que te vi sin ropas, en el gimnasio, tenías dos cicatrices de arma blanca en tu cuerpo, y recuerdo que cuando te licenciaron de Vietnam no las llevabas. ¿Sabes una cosa, muchacho? Un reportero como yo debería tener medios de averiguar cosas sobre una persona. Contigo eso no cuenta. Es como si jamás hubieras existido.

Johnny Wagner se encogió de hombros. Tomó la copa y la vació de un trago mientras sus ojos vagaban hasta posarse de nuevo sobre la hermosa muchacha, cuya conversación con el hombre obeso parecía aburrirla sobremanera.

El reportero rió entre dientes.

—Comienza a interesarte, ¿eh? —comentó—. Bueno, lánzate al asalto, Johnny. Ya te dije que se llama Janet Larsen y...

—Su nombre es Jannina Garose, y hay una mezcla de sangres tan complicada en sus venas que te volverías loco si tuvieras que averiguar su origen.

Slade casi se levantó de un salto.

—¡Estás chiflado! —estalló—. Sé muy bien cómo se llama y quién es. Todos los periódicos se han ocupado de ella alguna vez. Las revistas de chismes publican fotos tuyas cada semana, desmenuzan su vida hasta la cuna y...

—Jannina Garose —repitió Johnny con voz extraña—. Esa golfa, como tú dices, me dejó por muerto hace años después de clavarme una bala en la espalda.

El reportero suspiró ruidosamente.

—Ahora, cuéntame otra de risa, Johnny.

Éste ladeó lentamente la cabeza hasta que sus ojos como el acero se clavaron en el periodista.

—Si por casualidad se te ocurre escribir una sola línea sobre ella o yo, te arrancaré la cabeza de los hombros, Slade. Y ahora, ¿quién paga la cuenta?

El reportero se estremeció.

—¿A suertes? —indagó.

—Bueno.

—Vete a intentarlo —dijo—. Si te rechaza a las primeras de cambio, tú pagas. Si consigues tan sólo que te acepte el diálogo, yo corro con el gasto, y puedes añadirle el importe de una cena en el club de Maggio para la noche que elijas. ¿Vale?

Johnny se levantó.

—De vez en cuando me gusta jugar —dijo suavemente—. Me sirve de válvula de escape. Prepara tu dinero.

Se dirigió a la mesa donde la muchacha seguía escuchando al hombre obeso. Cuando estuvo más cerca, Johnny le reconoció; era un poderoso e influyente abogado de Washington.

Se detuvo junto a la mesa.

—Hola, Jannina.

La muchacha levantó la mirada, dispuesta a adoptar una actitud de fastidio. Sólo que algo cambió.

Su maravilloso rostro quedó tan blanco como un sudario. Una vena palpitó violentamente en un lado de su desnudo cuello y una ráfaga de terror aleteó en sus verdes ojos.

Tardó bastante en recobrar la voz, pero no el color. Musitó:

—Hola, Johnny.

Éste acercó una silla y tomó asiento junto a ella. El hombre obeso abrió la boca para protestar, pero Johnny le atajó.

—Lárguese, hermano —dijo.

—¿Qué? ¿Cómo se atreve...? Johnny le miró recto a los ojos.

—Lárguese —repitió—. Trate de divertirse en Washington, si puede.

Esta vez, quien perdió el color fue el hombre. Tras una vacilación, abandonó la silla, saludó con una inclinación de cabeza y girando sobre los talones se fue.

Johnny encendió calmosamente un cigarrillo.

—¿Creías que estaba muerto, Jannina?

—Johnny...

—Hiciste todo lo que pudiste para que lo estuviera, de modo que por ese lado no tienes nada que reprocharte.

Exhaló el humo hacia el techo. Ella comenzaba a recobrarse con dificultad. El añadió:

—Sólo cometiste un error, querida; utilizaste una pistola demasiado pequeña... si en lugar de ella hubieras disparado con un «Colt» por ejemplo... o tan sólo con una «Beretta», ahora no tendrías que soportar mi insulsa charla.

—Supe que vivías. Me enteré al día siguiente. Me alegré.

—¡No me digas!

—Sé que no me crees, pero estoy diciéndote la verdad.

—Qué te parece.

Ella abrió el bolso. La zarpa de Johnny cayó sobre sus manos como una tenaza.

—Cuidado, primor. Esas pistolitas que sueles llevar en el bolso estarían de más aquí.

Ella levantó la cara y hundió sus ojos verdes en las pupilas de hielo que la miraban fijamente.

—Me haces daño —susurró.

—Esto no es más que el comienzo.

Le quitó el bolso de las manos. Sin levantarlo, manteniéndolo oculto con el mantel, buscó en él y empuñó la pequeña automática europea que reposaba entre los útiles de maquillaje.

Sonrió sin alegría.

—¿Pretendías pegarme otro tiro aquí mismo, amor mío?

Ella se estremeció. Una humedad sospechosa asomó a sus ojos.

—Por favor, Johnny...

La pistola era una filigrana de acero niquelado y nácar finamente grabado. Oprimió el resorte que liberaba el cargador y cuando éste estuvo en su mano corrió el cierre. El cartucho de la recámara saltó limpiamente dentro del bolso.

—Ahora, puedes retocar tu maquillaje, querida —dijo con sarcasmo—. El plomo no te favorecía en absoluto.

Devolvió la pistola al bolso y se guardó el cargador. Ella se echó atrás en la silla.

—¿Qué vas a hacer? —musitó.

—Matarte, desde luego.

No dijo nada. Pareció reflexionar sobre la sentencia.

—Sabía que llegaría un día en que me encontrarías —dijo con voz neutra—. Sólo que nunca imaginé que sería por casualidad. Porque me has encontrado por casualidad, ¿no es cierto?

—Más bien tú me has encontrado a mí.

—Está bien, sé que no me creerías nada de cuánto podría decirte. ¿Dejas que te explique?

—No.

Suspiró.

—¿Cómo piensas hacerlo, con una bala?

—Yo utilizo una «Luger», primor. Te haría pedazos con un solo tiro. No, creo que no lo haré de este modo.

Ella le miró a la cara.

—Sigues siendo el mismo, Johnny —susurró—. Duro, despiadado... salvaje. Sí, ya sé... es tu trabajo lo que te ha encallecido el alma, ¿verdad?

—Es chocante que tú precisamente hables del alma como si fuera algo que posees.

—¿No puedes comprender que las gentes cambian alguna vez?

—Yo no he variado.

—Eso crees tú.

—Si hubiese cambiado ahora estaría muerto.

—Tal vez no.

Él sonrió, disfrutando amargamente de algo en lo que había pensado durante años.

—Has vuelto —dijo de pronto—. Tal vez nadie te conoce excepto yo. Digas lo que sea no me convencerás de que algo ha cambiado en ti. Sigues siendo la misma. Pertenece a la gente que está preparándose para hacer trizas el mundo y los que trabajan para ellos no cambian. No pueden variar aunque lo deseen. Y tú jamás lo has deseado. Forma parte de tu modo de vivir.

—Así que ahora moriré...

—No precisamente ahora... sólo cuando yo crea que ha llegado el momento. Te permitiré vivir un poco más.

—Comprendo.

—Sólo para que cada minuto pienses que es el último, para que cada nuevo amanecer que veas, si es que contemplas alguno más, sientas la garra del miedo pensando en si verás el siguiente. Tengo ese derecho por lo menos, ¿no te parece? Después de todo, me mandaste un mes al hospital y volviste locos a los cirujanos para extraerme el plomo que se había alojado, rozándome el corazón. De todas las cicatrices que llevo en el cuerpo ésta es la única que sigue doliéndome noche y día, porque me recuerda a una mujer que juró

amarme y a la que amé hasta el delirio.

—Y te amé, Johnny.

—Seguro, por eso me pegaste un tiro.

Ella ladeó el rostro huyendo de su mirada. Johnny encajó las mandíbulas. Se recobró con un esfuerzo y llamó al camarero. Abonó la cuenta de aquella mesa que el abogado de Washington había olvidado y se levantó.

—Vámonos —dijo.

Jannina se puso en pie, titubeante.

—¿Adónde?

—Daremos un paseo. Te acompañaré a casa, nena. ¿Recuerdas los paseos nocturnos junto al Sena, en París? Fueron un anticipo del paraíso que los dos nos habíamos prometido... sólo que en tu caso lo cambiaste por el infierno. Vámonos.

Salieron. Johnny sintió sobre sí las miradas de cuantos habían admirado a la muchacha. Junto a la puerta se cruzó con el estupefacto Slade, que les siguió también con la mirada como si estuviera viendo algo de otro mundo.

Hasta que desaparecieron. Entonces jadeó:

—¡Cuernos! ¡Lo consiguió...! ¡Maldita sea, qué tipo!

CAPÍTULO III

Ella se detuvo ante la casa, un lujoso edificio de la avenida Kleber. Johnny dio un vistazo a la entrada iluminada.

—Sigues teniendo buen gusto, Jannina —comentó. Ella levantó la mirada hasta su rostro pétreo.

—No me importa que sepas donde vivo. Ahora, habiéndome encontrado, nada hubiera impedido que lo averiguases por ti mismo. ¿Debo decirte buenas noches, Johnny, o prefieres subir y tomar una copa como despedida?

—Esta noche no, querida.

—Entonces, buenas noches, Johnny.

Giró y dio un paso hacia la entrada. El alargó la mano y la atenazó por el brazo, deteniéndola.

—No de esta forma tampoco —dijo sordamente.

—No te comprendo.

La atrajo brutalmente contra su poderoso pecho.

—Solías despedirte con más pasión en otros tiempos. Aunque fuera una pasión tan falsa como tu corazón, quiero que repitas la comedia esta noche.

—Por favor...

Bruscamente, estrujó sus labios en un beso que le devolvió de un solo golpe a unos tiempos en los que todo estuvo a punto de cambiar para él. A una época en que la vida hubiera podido ser diametralmente distinta a lo que era en la actualidad, cuando quiso cambiar el destino.

El beso fue igual que una llamarada voraz. Ardió en su inmenso torrente de odio avivándolo y doliéndole hasta el infinito.

Luego, la soltó. Jannina se quedó inmóvil, vacilando levemente sobre sus largas piernas. En la penumbra, él vio las lágrimas

desprenderse de sus ojos.

—Ya no es lo mismo —gruñó con voz ronca—. Nada es como era entonces, ni siquiera sabes fingir.

—Johnny —sollozó la muchacha.

—Descansa bien esta noche, nena. Quizá es tu último descanso. Se volvió y echó a andar por la acera.

Entre las lágrimas, ella le vio alejarse y perderse en la noche como una sombra, igual que un fantasma surgido del pozo del tiempo para encarnar la muerte.

Supo que a partir de aquella noche ya no estaría libre. Ojos vigilantes la acecharían dondequiera que fuese. Ojos despiadados, al servicio de aquel hombre que se había fundido en la oscuridad después de encender en su boca un incendio que no deseaba apagar...

* * *

—Cometió usted una inútil temeridad, Johnny —gruñó el hombre cuya voz seca y metálica carecía de inflexiones.

Él se encogió de hombros.

—No pude resistir la tentación, señor.

—Le comprendo. Pero a partir de esta noche los sicarios de Moscú sabrán dónde buscarle. Darían cualquier cosa por echarle la vista encima y usted lo sabe.

—Eso dura desde hace años. Me tienen señalado como «Prioridad 1» sin que hasta ahora hayan podido quitarme el sueño. Nosotros hemos señalado a otros de los suyos y ahora están muertos.

—Lo que lamento es el momento tan inoportuno en que se ha producido esta estupidez.

—¿Inoportuno, señor?

—Efectivamente. Me disponía a llamarle a usted mañana por la mañana.

Johnny se irguió en su butaca. Estaban en un aposento cómodo y sobrio de un apartamento impersonal del edificio Woldworth y el lejano ruido de la calle apenas llegaba a aquellas alturas.

Por la ventana entraba la ligera brisa de la noche. Una lámpara de poca potencia alumbraba desde un rincón.

—¿Por qué? —preguntó.

—Hemos averiguado que Jean-Claud está en América.

Johnny se puso rígido. Un helado escalofrío culebreó por sus nervios igual que si acabara de rozarle una serpiente.

—¡No es posible!

—El descubrimiento se debe a una casualidad. Un agente francés afecto a la NATO envió un informe a Europa desde Rusia. En ese informe hablaba de Jean-Claud, aunque desconociendo realmente la importancia del individuo. Bueno, lo tenemos aquí, Johnny. Quiero que lo cace. Ya causó demasiado daño en el pasado y no quiero ni pensar en el que puede causar ahora.

Jean-Claud, reflexionó Johnny Wagner; el mayor enigma de toda la historia del espionaje mundial. El hombre por el que todos los servicios secretos de Occidente darían la cabeza, y aparecía de pronto en Estados Unidos.

El individuo en cuya cuenta se multiplicaban los asesinatos, las corrupciones y las torturas. El agente ruso que más daño había causado a Occidente en los últimos años.

La voz de su jefe le llegó como si viniera de muy lejos.

—Es preciso cazarle, Johnny. Podemos sentir cierto respeto por los agentes enemigos. Los rusos, a fin de cuentas, hacen exactamente lo mismo que hacemos nosotros. Luchan por su patria en la sombra y nuestro servicio secreto hace exactamente igual. Pero no puede respetarse a un traidor, a un renegado a causa del cual fueron asesinados más de veinte hombres, y a cuyas manos perdieron la vida infinidad de seres humanos, sólo para exprimirles sus conocimientos en distintas materias consideradas «estratégicas» por el enemigo.

—Sé perfectamente el historial de Jean-Claud, señor. Sólo que, hasta el presente, nadie que haya visto su rostro está vivo para identificarle.

—Usted deberá superar ese inconveniente. Y ahora, escuche el extracto del informe —tomó una hoja de papel llena de apretada escritura manuscrita. Johnny reconoció la caligrafía nerviosa y picuda de su jefe—. Se sabe que vivió en Nueva York bajo el nombre de Burgoine, en algún lugar del Village. Luego, desapareció, pero los informes de ese demonio han seguido llegando a Moscú desde nuestra ciudad. Eso es todo.

—¿Y ese lugar del Village?

—Sí... Romain Street, 351. A partir de ahí todo depende de usted. Johnny quedó pensativo.

—Me pregunto qué estará tramando ahora —dijo de pronto—. Forzosamente debe saber que se le localizó en el Village, y eso fue el motivo que le impulsó a desaparecer. No obstante, se quedó en la ciudad, lo cual indica que lo que le retiene aquí es de suma importancia para él. ¿Qué piensa usted, señor?

—Es imposible adivinarlo. Pero tanto usted como yo sabemos que cada misión que ese hombre ha llevado a cabo ha desmenuzado las defensas secretas de Occidente. Ha diezmado las filas de los servicios secretos ingleses en el otro lado del telón de acero y causó personalmente la muerte de once hombres del CIA. Incluso logró lo que nadie había conseguido jamás... matar a dos de nuestros propios agentes. Quiero decir con todo esto, Johnny, que si está aquí su misión debe ser tan importante que si la lleva a cabo nos hundirá en un caos.

—Está bien, señor. Lo cazaré, si puedo. Supongo, señor, que no querrá usted verlo en un juicio.

El hombre cetrino esbozó una mueca.

—Sólo mátello, Johnny. Pero recuerde que estará usted solo. Si fracasa, nadie le apoyará. Oficialmente, será usted un perfecto desconocido.

Se levantó. Una helada sonrisa afloró a sus labios cuando dijo suavemente:

—Como de costumbre.

Se encaminó a la puerta sin más palabras inútiles. Antes de salir le llegó la voz de aquel hombre:

—Buena suerte, muchacho.

—Sí.

Pensó que iba a necesitarla... si quería seguir vivo. Salió y cerró la puerta.

CAPÍTULO IV

La calle Romain, en Greenwich Village, se cocía bajo el sol, desierta y sucia. Las tiendas tenían un aspecto desamparado y las puertas de los bares, abiertas de par en par, dejaban escapar los sones de los tocadiscos automáticos.

El número 351 correspondía a una casa de dos pisos. En los bajos había una destartalada exposición de pinturas ante la que Johnny Wagner se detuvo. Pudo ver los cuadros, desoladoramente solos, absurdos en aquella soledad.

La exposición carecía de puertas, pero una cortina de abalorios, más o menos exótica, cubría la entrada. Apartó la cortina y entró.

Nadie apareció por ninguna parte. Se dedicó a contemplar las pinturas durante unos minutos. Cuadros de aficionados, absurdas manchas de color de todas las tendencias, o más bien carentes de estilo alguno, muestras de ineptitud escondida tras un modernismo hueco y triste.

Fumó todo un cigarrillo aplastado bajo el calor del sombrío interior. Después, se acercó a la puerta del fondo y llamó con los nudillos.

Casi al instante se abrió y apareció la cara cetrina de un hombrecillo delgado, calvo como una bola de billar y cuyos ojos como cuentas de cristal se escondían tras los cristales de unas enormes gafas.

—Hola, ¿le gusta algún cuadro?

—¿Y a usted?

El hombrecillo enseñó los dientes en una mueca.

—No.

—A mí tampoco —rió.

—Entonces, ¿qué demonios quiere?

—Hace un calor apestoso aquí dentro. Le invito a una copa en ese bar del otro lado de la calle.

El hombre acabó de salir como si alguien le hubiera empujado desde atrás.

—Usted habla mi idioma, amigo. Vamos allá. Le advierto que yo bebo sólo ray...

—Tiene mejor gusto para la bebida que para la pintura.

No dijo una palabra mientras el hombrecillo saboreaba su fuerte bebida. Después, hizo seña al mozo y esperó a que volviera a llenar los vasos.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó al fin el hombrecillo.

—Busco a un antiguo vecino suyo. Se llamaba Burgoine.

—Entonces pierde su tiempo. Y su dinero también —añadió, señalando los vasos—. Desapareció.

—Eso ya lo sé. ¿Cómo fue que decidiera marcharse de repente?

—Cualquiera sabe. Alguno de sus líos... Nos sorprendió a todos, no crea. Estaba bien instalado aquí.

—¿Tenía algún negocio?

—¿Burgoine? —Se echó a reír—. ¡Menudo negocio! Era el cerdo más grande que he conocido jamás.

Johnny frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Mujeres.

—Bueno...

—Sabía cómo cazarlas. Luego, las dominaba no sé cómo y hacía de ellas lo que quería.

Sospecho que cobraba buenas comisiones. ¿Usted me comprende?

—Creo que sí. ¿Recibía muchas visitas?

—Oiga, ¿no será usted un polizante? Tiene un aspecto muy rudo y tantas preguntas...

—No soy policía. Sólo trato de encontrar a Burgoine para un asunto privado.

—Sí, bueno...

—¿Recibía visitas?

—Algunas de vez en cuando. Mujeres más que hombres.

—¿Alguna en particular?

—Bueno, había una chica que era bailarina o algo así. Estaba

loca por él, creo.

—Pero la explotaba, como a las demás.

—Seguro. Para Burgoine no había diferencia entre unas y otras.

—No encaja —masculló entre dientes...

—¿Qué dice?

—No encaja con la idea que tengo del tipo.

—Bueno, no sé cuál es su idea, pero sí sé cómo era Burgoine cuando vivía aquí.

—¿Quién podría saber más de él, amigo?

—No lo sé. Era un hombre reservado. No intimó con nadie en particular. Él vivía su vida y nosotros la nuestra. Alguna que otra vez acudió a las cuevas de arte, donde los melencidos se desgañitan cada noche, pero nada más.

—¿Y de esa chica, la bailarina?

—Ni siquiera estoy seguro de que fuera bailarina. Era toda una belleza, eso sí; joven, bien formada, con un cuerpo estupendo, había que verla cuando subía las escaleras.

Los ojillos del hombrecillo brillaron como carbunclos ante el recuerdo. Johnny sonrió.

—Usted debió seguirla muchas veces escaleras arriba, ¿eh?

—Bueno, algunas. Era todo un espectáculo el modo como se movía.

—Se me ocurre... ¿La siguió hasta el piso de Burgoine?

—Forzosamente. Él ocupaba el primero. Yo vivo en el segundo. Para que no se dieran cuenta yo continuaba hasta mi piso.

—Entonces, oyó alguna vez cómo se saludaban, ¿no es cierto?

—Le aseguro que su manera de saludarse era más bien gráfica, no literaria —se echó a reír y pidió otra copa sin esperar que Johnny lo hiciera.

—Bien, supongo que quiere decir que se besaban y todo eso, pero alguna vez usted oyó su nombre. Debió oírlo... es lo más lógico. Trate de recordar.

—Bien... quizá...

Bebió todo el ray de un trago y se atragantó. Tosió violentamente y su rostro enrojeció como un pimiento. Luego, jadeante, dijo:

—Maggy... él la llamaba Maggy.

—¿Nada más?

—¿Qué quería, que pronunciara su filiación antes de besarla en la puerta? Cuando la veía tenía prisa por entrar en materia, créame.

—Describámelo.

—¿A Burgoine?

—¿A quién si no?

El hombrecillo titubeó, recordando.

—Debía tener unos cuarenta años, pero era alto y delgado, vestía con cuidado. Piel pálida y ojos negros, como su pelo. Casi tan alto como usted, aunque menos fuerte. No obstante, para las mujeres era como si tuviera apenas treinta a juzgar por el modo cómo las dominaba.

—Esa descripción no me sirve de nada. Hay millones de hombres como el que usted indica en Nueva York.

Él marchante se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? Es todo lo que recuerdo.

—¿Quién podría saber algo de la muchacha? Si era artista quizá actuaba en algún teatro del Village.

El hombre sacudió la cabeza. De pronto exclamó:

—Quizá en el restaurante de la esquina. Algunas veces les vi comer allí. Señaló calle abajo. Johnny suspiró. No había adelantado nada.

—Lo intentaré.

Pagó las bebidas y ambos salieron a la calle. El hombrecillo regresó a su tienda y Johnny Wagner recorrió la distancia hasta el restaurante establecido en la siguiente esquina.

A su pregunta, el camarero asintió:

—Recuerdo a la pareja, sí señor. Ella era de categoría.

—¿Su nombre?

—Creí que... Maggy da Costa, aunque vaya usted a saber el nombre auténtico. Johnny deslizó unos billetes en su mano.

—¿Qué hay del tipo?

—¿Burgoine? Vivía en la casa de los cuadros. Se marchó y nunca he vuelto a verle.

—Está bien, hágamelo de la chica. Maggy da Costa era bailarina, ¿no?

—Seguro. De abanicos —una mirada turbia pasó por sus ojos antes de añadir—: Algo digno de verse... cuando separaba los abanicos.

—¿Usted la vio?

—¡Ya lo creo!

—¿Dónde?

—En el *Blue Night*. Pero ya no trabaja allí.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque paso por delante muchas veces. ¿Sabe una cosa? Creo que abandonó aquello poco después que su amigo se fue de esta calle.

—¿Siempre vinieron solos?

—Siempre... excepto una vez que les acompañó otra chica. Era parecida a Maggy en cuanto al tipo, pero no poseía su «clase», si entiende lo que quiero decir.

—¿También trabajaba con Maggy?

—Seguro. Venus de Lucca. Otro nombrecito que se las trae para actuar en un *cabaret*.

—¿Y ésta sigue trabajando en el *Blue Night*?

—Me parece que sí, aunque no estoy seguro.

—Eso es todo. Me ha ayudado usted mucho, amigo.

Abandonó el desierto restaurante. El camarero acarició los billetes en el bolsillo y se encogió de hombros.

Entonces recordó que se acercaba la hora de la comida y volvió a ocuparse de preparar las mesas.

* * *

Johnny se detuvo en el vestíbulo y examinó las fotos de las mujeres que formaban el espectáculo.

Había mucho que ver, y todo ello con la mínima ropa posible. Bajo cada foto había el nombre de la estrella.

La de Venus de Lucca correspondía a una belleza rubia de largas piernas, cintura estrecha y busto prominente. Por todo ropaje llevaba lo que parecían ser dos guirnaldas de flores colocadas justamente en equilibrio en los lugares precisos.

Johnny grabó aquella imagen en su mente. Pensó vagamente que una entrevista con una dama de semejante calibre podía ofrecer insospechadas posibilidades.

Empujó los batientes y entró en el desierto local. Una espesa penumbra reinaba allí dentro, excepto en el mostrador donde un

mozo sacaba brillo a la cristalería.

El hombre levantó la cabeza, sorprendido y malhumorado por aquella intrusión en unas horas absurdas e intempestivas.

—¿Qué quiere? Esto no se abre hasta las ocho.

—Busco a alguien que pueda darme un informe...

Depositó un billete sobre el mostrador. El tipo lo miró con indiferencia.

—¿Qué clase de informe?

—Venus de Lucca. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Aquí. Actúa a las once y luego a las dos.

—¡Oh, demonios! No me interesa verla en medio de todos los papanatas que estén en el local.

—Entonces, recoja su dinero y lárguese. Tengo trabajo. Johnny suspiró.

Añadió otro billete al que ya reposaba sobre la barra.

—Sólo quiero saber su domicilio, amigo —insistió—. O su número de teléfono si lo prefiere.

El hombre sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No está permitido. Además, a ellas las revienta que vayan desconocidos a sus casas sin ser invitados. Suelen traerles líos, usted sabe.

—Soy un tipo discreto.

—Mire, hagamos un trato.

—¿Sí?

—Deme su nombre. Cuando ella venga le diré que usted desea verla a solas. Si accede, vuelva usted esta noche y le arreglaré una cita. Es todo lo que puedo hacer por usted.

—De este modo perdemos mucho tiempo. Se encogió de hombros.

—Entonces, recoja su dinero —insistió.

—Bueno, dígame que Johnny Wagner quiere verla. Una entrevista privada, usted entiende.

La mirada del mozo se animó súbitamente.

—Se lo diré —aseguró—. Si vuelve esta noche, a las diez, podré decirle algo.

—Está bien.

—¿Quiere un trago ahora?

—No, gracias.

Se dirigió a la salida y abandonó el local. El mozo arrojó el paño y se precipitó al teléfono, marcando nerviosamente un número.

Fuera, Johnny se detuvo para encender un cigarrillo, deslumbrado por el brillo del sol.

Dio otro vistazo a la fotografía de Venus.

De pronto, miró a su alrededor y de un zarpazo arrancó la foto, dándole la vuelta. En el dorso había el nombre y las señas del fotógrafo. Sonrió, dobló la foto y guardándosela en el bolsillo echó a andar calle abajo.

Medio minuto después el mozo salió disparado, mirando a un lado y a otro. No pudo ver el menor rastro de Johnny ni de ningún coche que se pusiera en movimiento. Soltó una imprecación y dio media vuelta.

Entonces vio el hueco en la cartelera y dio un respingo. Echó a correr hacia el teléfono que, descolgado, esperaba su regreso.

* * *

El fotógrafo era un hombre enjuto, cuya expresión daba a entender que estaba de vuelta de muchas cosas.

Johnny le mostró la fotografía de Venus de Lucca.

—Usted hizo esta foto.

—Y otras muchas. ¿Qué pasa, no le gusta?

—Mucho. Quiero encontrarla.

—¿Y viene a hacerme perder el tiempo a mí? Vaya al *Blue Night* y pregunte allí.

—Está cerrado a estas horas y necesito encontrarla antes de la noche.

—Mire, amigo; tengo infinidad de modelos ocasionales. Esas chicas confían en mí. Si comenzase a enviarles tipos a su casa pronto me mandarían al infierno. Y mi negocio son las fotos, así que olvídalo. Espere a la noche y vaya a verla al *cabaret*.

—Le he dicho que tengo mucha prisa, se trata de un asunto urgente.

—Ni hablar.

—¿Cuánto?

—No se trata de dinero. Realmente, no me sobra, usted sabe; pero aprecio a estas chicas...

—¿De veras?

Johnny creyó haber encontrado la palanca necesaria para mover la voluntad del fotógrafo. Y le espetó:

—Si es cierto que aprecia a Venus me dará sus señas de inmediato, amigo, porque precisamente lo que quiero es evitarle un serio disgusto y quizá algo más.

—¿De qué está hablando?

—Ni yo mismo lo sé muy bien. ¿Ha oído usted alguna vez el nombre de Maggy da Costa?

—Era una bailarina que trabajaba en el mismo *cabaret* que Venus.

—Ciertamente. Bien, las dos están en peligro. Y debe creerme, porque no estoy autorizado a revelar nada más. Sólo ayúdeme.

El fotógrafo titubeó.

—*Okey*, usted gana, pero no le diga a ella que le mandé yo.

—Ni una palabra.

—Vive en Queens, Monroe Place, 27. Y ahora, déjeme trabajar.

—Un momento aún.

—¿Qué se le ocurre ahora?

—¿Qué puede decirme de Maggy, también le sirvió de modelo?

—Muchas veces. Luego, cuando alguien la retiró, dejé de verla.

—¿Quién la retiró?

—Regístreme. Debí ser alguien gordo, porque no ha vuelto a aparecer por los ambientes que frecuentaba. Y la mayoría de las muchachas en su caso siempre vuelven, aunque sólo sea para que las demás vean sus joyas y la suerte que han tenido.

—Sí, suerte... Bueno, gracias por todo, amigo.

—Espere...

Se detuvo cuando ya andaba hacia la puerta. El fotógrafo indagó:

—Realmente, ¿están en un apuro esas chicas, o ha sido sólo una manera de sacarme la dirección de Venus?

Johnny le devolvió la sonrisa.

—Sólo quería la dirección.

—Eso pensé. Es usted un tipo con una cara como el cemento.

—Algo hay de eso. Hasta la vista.

Esbozó un saludo con la mano y abandonó el estudio del fotógrafo. Éste se quedó sacudiendo la cabeza, pero acabó

sonriendo como un conejo al imaginar la próxima entrevista de aquel tipo con la espectacular rubia.

Y le envidió.

CAPÍTULO V

Johnny comió en un restaurante de Times Square. Lo hizo distraídamente, absorbió en la emoción de la caza del hombre. En su caso, del hombre más peligroso de toda la historia del espionaje y el terrorismo, el más audaz y despiadado de cuantos agentes pagados habían existido.

Nadie había logrado saber jamás el verdadero nombre de quien tan sólo era conocido por Jean-Claud. Un enigma viviente, que él debía resolver.

Cuando salió anduvo entre la multitud sin que ni un solo instante olvidase su instintiva vigilancia. Años de continuo riesgo, de saber que sobre su cabeza pendía una implacable sentencia de muerte, le habían convertido en pura sensibilidad alertada para prevenir el peligro.

Debía la vida muchas veces a ese superdesarrollo de sus facultades intuitivas para descubrir al enemigo antes de que éste le asestase su golpe.

No hubo nada que pudiera prevenirle de un eventual riesgo. Tomó un taxi y se hizo conducir a Queens.

La casa de Venus de Lucca era de dos plantas, aunque los bajos correspondían a una tienda cerrada y sin trazas de servir para otra cosa que para esperar una posible revalorización de la finca. Examinó el portal. Al fondo del zaguán se iniciaban las escaleras.

Entró y subió los peldaños buscando una indicación en las puertas de cada rellano.

Había dos en cada uno, señaladas con sendas tarjetas.

La de Venus era la segunda del último piso. Llamó al timbre y casi al instante oyó los pasos de alguien al otro lado.

—¿Quién?

Era una voz de mujer.

Sólo que esa voz temblaba.

Al instante, Johnny sintió despertar su cautela.

—¿Venus? —preguntó.

—Sí.

—Quiero hablar con usted. Abra la puerta.

—No le conozco. ¿O sí?

La voz, forzada, revelaba miedo.

—Me llamo Johnny Wagner.

—Espere.

Desenfundó la «Luger» y se echó a un lado. La puerta se abrió poco a poco y una muchacha quedó bajo el umbral.

Era Venus de Lucca. Estaba muy pálida y le miró asombrada cuando descubrió la pistola.

—¿Qué...? —empezó a decir.

—¡Salga, rápido!

Habló en un susurro. Ella boqueó, llena de terror. Dio un paso adelante.

Entonces comenzaron a disparar desde el interior del apartamento. El torrente de balas segaron a la muchacha por la mitad, retumbaron rebotando por todo el rellano y salpicaron de estuco la cara de Johnny.

Vio saltar el cuerpo desmadejado de Venus hasta estrellarse en medio del pasillo.

Rugió de furor mientras alguien empezaba a gritar en el piso de abajo.

La andanada cesó. Oyó el murmullo de unas voces y pasos precipitados de alguien cambiando de posición.

Dio un brinco cruzando la puerta y arrojándose de bruces, rodando locamente mientras su potente pistola rugía una y otra vez. Un hombre gritó una advertencia, pero se interrumpió cuando uno de los pesados proyectiles le arrancó la mitad de la cara.

El arma automática comenzó a retumbar de nuevo. El reguero de balas culebreó por el suelo en su dirección.

Se zambulló tras un diván. Las balas se hundieron sordamente en el relleno, atravesándolo, rozándole casi la mejilla.

Saltó empujando el mueble al mismo tiempo. Pudo ver fugazmente al asesino en el instante en que se ladeaba para

enfocarlo con el cañón de su pistola ametralladora. Le mandó un plomo y el tipo se encogió sobre sí mismo. El cañón del ametrallador se abatió, pero aún apretó el gatillo y un nuevo huracán de proyectiles pegaron contra las baldosas, rebotando como un enjambre de enfurecidos abejorros.

Johnny disparó una y otra vez, clavando cada bala en el cuerpo del criminal hasta verlo abatirse de espaldas sangrando por media docena de orificios.

Se acercó a él. Todavía aferraba el ametrallador. Le descargó un puntapié en la ensangrentada cara y el hombre abandonó la pistola ametralladora definitivamente.

Dio media vuelta y corrió al lado del cuerpo destrozado de Venus. Se arrodilló a su lado.

—¡Venus! ¿Me oyes?

Los párpados se movieron. Desesperadamente, Johnny dijo:

—Esos hombres buscan también a Maggy, ¿no es cierto?

—No.

—¡Venus!

Se levantó al comprender que estaba muerta.

Entonces se enfrentó con el problema de abandonar la casa antes que la policía interviniera. Nadie había asomado todavía. El rugir de las pistolas no invita precisamente a mostrarse héroe.

Regresó al apartamento de la desdichada Venus. Lo atravesó hasta la parte trasera y se deslizó por la escalera de escape.

Cuando llegó a la calle oyó los silbatos de la policía y una sirena que se aproximaba a toda velocidad.

Furioso, se alejó de allí, tomó un taxi al asalto y le ordenó al chófer que le condujera a Times Square. Necesitaba meditar antes de tomar la siguiente determinación.

CAPÍTULO VI

La voz del hombre calmoso dijo al otro extremo de la línea:

—Eso indica que le han localizado, Johnny... Le prepararon esa trampa esperando cazarle cuando fuera a ver a la muchacha.

—Justamente. Querían cazarme tan pronto entrase en el apartamento. Sólo que la chica estaba aterrorizada a causa de esa pareja de verdugos. El miedo la delató. No dudaron en matarla, señor.

—Nunca titubean. Además, su intención era matarla a ella también sin la menor duda.

Y ahora caerá también esa Maggy, a menos que usted la encuentre antes.

—No veo cómo lo haré. Quizá si le aprieto las clavijas al bastardo que dio la voz de alarma...

—¿Sospecha usted quién de todos los que interrogó pudo reconocerle?

—Ninguno me reconoció. Yo mismo me puse el nudo en el cuello. Cometí un error trágico que le costó la vida a Venus de Lucca. Di mi nombre al mozo del *cabaret*.

—Comprendo.

—Debió avisar a alguien. Luego, descubrió quizá la falta de la foto y ataron cabos.

—Tenga mucho cuidado, Johnny. Ahora ya sabe que la jauría le sigue las huellas. Pero ¿no ha pensado que tal vez fue Jannina quien le delató?

—Seguro que lo hizo. Pero por ese lado no han hecho nada todavía. Ella no sabía que yo iría al encuentro de Venus.

—Cierto. ¿Alguna cosa más?

—Sólo que me gustaría que pusiera usted a algunos hombres en

este asunto. Sólo para que siguieran las huellas de Venus en los últimos tiempos. Quizá descubran por ese medio el paradero de Maggy antes que yo.

—Conforme, cuente con ello.

—Le llamaré más tarde. Colgó y salió del bar.

Su siguiente visita fue a la avenida Kleber.

Jannina se quedó rígida bajo el umbral cuando le vio parado ante la puerta.

—¡Tú! —jadeó solamente.

—Estás perdiendo facultades, primor.

La apartó a un lado, entró y cerró la puerta. Ella le precedió al interior del lujoso piso.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Por lo menos, no aquí. Ella le enfrentó.

—¿Temes que trate de envenenarte?

—Bueno, eso quizá fuera más efectivo que una bala. Se dejó caer sentada en una butaca.

Johnny se acercó al mueble-bar que aparecía abierto en un ángulo. Tomó una botella de *whisky* sin empezar, la destapó y vertió una buena dosis en un vaso.

—¿Dónde tienes el hielo?

—En la cocina... esa puerta del fondo.

Regresó con el hielo tintineando en el vaso. Saboreó el exquisito *whisky* y sonrió al mirar a la muchacha.

—¿Cómo te sientes, querida?

—Es una manera ruin de gozar, Johnny.

—¿Por qué?

—¿Cuánto vas a tardar en decidirte?

—No lo sé. He venido solo para probar si todavía podía resistir la tentación de hacerlo ahora, en este instante.

—¿Y...?

—No estoy muy seguro.

Apuró el vaso y chasqueó la lengua contra el paladar.

—Un *whisky* excelente, querida.

—Johnny...

El extrajo la gran automática y la hizo saltar en la palma de la mano. Jannina contuvo el aliento. El terror asomó a sus pupilas, pero se dominó, manteniéndose inmóvil.

—Hace apenas una hora he matado a dos de tus camaradas.

—¡Por Dios, Johnny, basta!

Hizo saltar el cargador fuera de la automática.

Entonces ella vio que estaba casi vacío. Sólo quedaba un cartucho en él.

—Uno de los bastardos encajó seis —comentó Johnny.

Del reverso del cinturón extrajo siete cartuchos nuevos y los insertó pausadamente en el cargador. Como si hablara del tiempo anunció:

—Ocho y la que hay en la recámara nueve, primor. Nueve plomos en cualquiera de los cuales puede estar escrito tu nombre.

—Dijiste que no lo harías con una bala...

—¿Eso dije?

Enfundó la pistola y fue a sentarse a su lado. Deslizó la mano por la rodilla de la muchacha.

—Sigues teniendo la piel más suave que recuerdo haber acariciado jamás, Jannina. Ella ahogó un sollozo.

—¡No puedes hacer eso! —jadeó.

—¿Acariciarte?

—¡Mantener este infierno por más tiempo!

—¿Quién sabe? Cuesta poco cerrar las manos en torno a tu dulce garganta y apretar... apretar poco a poco, viéndote morir ante mis ojos.

—¿Por qué no lo haces de una vez?

—¿De veras lo deseas?

Ella asintió con un gesto de cabeza. Johnny frunció el ceño.

—Conseguirás convencerme —rió no obstante—. ¿Has avisado a tus amos?

—¿Qué?

—¿A quién le has dicho que al fin me habías localizado? No puedes olvidar que estoy señalado con «Prioridad 1.»

Ella se estremeció.

—No he dicho una palabra a nadie. Esto es un asunto entre tú y yo.

—¿Pretendes que te crea? Ella hizo un gesto desdeñoso.

—Dejé de soñar hace mucho tiempo. ¿Por qué tendrías que creerme?

—Eso digo yo, ¿por qué?

—Quizá porque un día me amaste.

—Y casi me costó la vida. No, gracias. Ella se levantó impulsivamente.

—¡No puedo seguir así, Johnny! —estalló—. No pude dormir en toda la noche... no puedo pensar. Ando de un lado a otro del apartamento escuchando todos los rumores que llegan hasta aquí, preguntándome cómo y cuándo me matarás... ¡Basta, basta!

Él se retrepó en el diván.

—¿Quién es Burgoine, Jannina?

Ella giró sobre los talones, enfrentándole.

—¿Burgoine? Nunca oí ese nombre.

—Prueba otra vez.

Jannina se llevó las manos a la cabeza, oprimiéndose las sienes furiosamente.

—¡Conseguirás volverme loca! —sollozó—. ¡No sé quién es Burgoine! ¿Qué quieres que te diga?

—¿Y Maggy da Costa?

—¡Tampoco! ¿Es necesario todo esto para decidirte a terminar de una vez?

—Quién sabe. Volvamos a Burgoine.

Ella se desplomó sobre una butaca cubriéndose la cara con las manos. Johnny se levantó y fue hacia la muchacha, colocándose tras el mullido respaldo. Deslizó lentamente sus dedos por la nuca de Jannina y la sintió ponerse rígida como una tabla.

—Burgoine, primor, recuerda...

—¡No, no! ¿Quién es ese hombre?

—Jean-Claud.

Ella dio un brinco.

—¿Qué dices?

—Ajá.

—¿Y está aquí?

—Así parece. Quizá si le pides ayuda logre él terminar conmigo antes que te mate.

—¡Estás loco! He oído muchas historias de Jean-Claud... ¡Es el mayor demonio que ha existido jamás en el servicio de espionaje!

—Verdaderamente, me sorprendes, querida.

—Él te matará antes que logres verlo.

—Eso sería una solución para ti.

Sacudió la cabeza de un lado a otro desesperadamente.

—No comprendes nada... ¡Dios, qué loco eres, Johnny!

—¿Dónde crees que puede estar?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Nadie sabe de él. Trabaja solo... independiente.

—Pero puedes hacerle llegar un mensaje. Tal vez lo hagas para salvar el pellejo, ¿sí?

—Imposible. Y si pudiera hacerlo desistiría.

El la miró, sorprendido.

—¿Por qué? Salvarías la vida.

—Empiezo a preguntarme si realmente vale la pena.

Johnny, perplejo, se refugió tras un cigarrillo. Estaba desconcertado.

—Nena, eres una continua fuente de sorpresas. ¿Quieres decirme que no deseas vivir?

—¿Tanto te sorprendería? Llegará un día que tú también odiarás esta vida. Tú con más motivo que yo... porque nadie en su sano juicio desea consumir toda su vida ejerciendo de verdugo.

—Hay algunas diferencias entre un verdugo tradicional y yo, nena. Pero eso no importa. Tienes unas horas más para reflexionar.

—¿Qué?

—Esperaré un poco más.

Aplastó el cigarrillo en un cenicero y se encaminó bruscamente a la puerta.

Tras un instante de estupor, ella corrió tras él y le alcanzó cuando se disponía a abrir.

—¡Johnny!

—¿Qué?

Ella sacó la mano de entre los pliegues de la bata con que se cubría. En sus dedos brillaba el acero de la pequeña automática.

Johnny miró el negro orificio que le apuntaba al estómago y enarcó las cejas.

—¿Te das cuenta? —susurró la muchacha.

—¿Por qué no disparaste?

—No quise hacerlo. ¡Oh, Johnny, créeme! El esbozó una mueca.

—Tanto como al demonio. ¿Crees que soy idiota? Sabía que tenías ese chisme en la mano. ¿Por qué crees que hice la exhibición con mi «Lüger»? Desde que la saqué has estado bordeando la tumba,

nena.

—¡Pude haberte matado!

—No.

—¡Maldito seas! ¿Por qué no?

—Porque en ningún momento te he dado la espalda. Y tú solo puedes disparar contra un hombre por la espalda. Recuérdalo la próxima vez que te vea.

Abrió la puerta y salió.

Jannina dejó escapar un sollozo desgarrador. Arrojó salvajemente la pistola contra la puerta y luego se precipitó ella hacia la madera, donde quedó llorando con terrible amargura.

Todavía pudo oír los pasos firmes y seguros de Johnny alejándose en busca de las escaleras.

CAPÍTULO VII

El hombre gordo descolgó el auricular. Una voz dijo:

—Habla, Andrey.

—¿Y bien?

—¡Ya lo tenemos!

Casi se levantó impulsivamente.

—¿Wagner?

—El mismo.

—¿Dónde está?

—En Nueva York. Se proponía visitar a una mujer. Uno de mis contactos informó reclamando los cinco mil dólares que ofrecía. Se trata del mozo de un bar.

—¡Al grano, Andrey!

—Sí, claro... Ordené que dos de nuestros «agregados» de la legación fueran al domicilio de la mujer para esperarle. Tienen órdenes concretas. Me informarán cuando hayan terminado con él.

—¿Y esa mujer?

—Seguirá la misma suerte. No podemos correr el riesgo de que hable.

—Perfecto. Llámame inmediatamente que todo haya terminado.

—Así lo haré, sólo que he querido anticiparle el informe.

—Muy bien. Paga a ese mozo, o quien sea que te dio la noticia. Y ocúpate de que los demás sepan que ése ha cobrado cinco mil dólares. Servirá de estímulo para futuros trabajos.

—Está bien.

Colgó, recostándose en el sillón con un suspiro de alivio.

Tras un instante de felices ensueños, comenzó a redactar el borrador del informe que se proponía enviar a Moscú. Era preciso hacerlo con mucha inteligencia, de modo que se dieran cuenta que

todo el mérito de la operación de exterminio, «Prioridad 1», le correspondía a él.

Afortunadamente, tenía larga experiencia en esta clase de trabajos. El borrador resultó extraordinariamente fácil.

* * *

Anochece cuando Johnny empujó la puerta del estudio del fotógrafo y se coló al interior.

No vio a nadie. Había sólo una lámpara de sobremesa encendida en un rincón, mostrando entre sombras las grandes fotografías de mujeres que adornaban las paredes.

Pasó al otro lado del pequeño mostrador del fondo. Oyó la voz del fotógrafo ahogada, que gritaba:

—¡Espere quien sea! Cinco minutos y termino.

Siguió adelante por un pasillo. Levantó una cortina y entró en una sala donde los focos de blanca luz bañaban el cuerpo escultural de una modelo lánguidamente recostada en un lecho.

El fotógrafo permanecía materialmente pegado a la cámara sostenida por un gran trípode. La modelo llevaba sólo una prenda de noche tan vaporosa como un girón de niebla, uno de cuyos extremos sostenía en alto con las puntas de los dedos. La extensión de suave piel dorada que dejaba al descubierto era suficiente para provocar un ataque cardíaco a una estatua.

Johnny comentó:

—¿Cómo demonios puede hacer ese trabajo sin comerse la cámara? El fotógrafo se volvió en redondo.

—¡Condenación! —exclamó—. Usted otra vez.

—Termine. No quiero interrumpir.

La modelo se irguió lo suficiente para apoyarse sobre un codo.

—¿Quién es tu amigo, Thomas? —preguntó con un susurro.

—Que me ahorquen si lo sé. Sólo hace preguntas, pero no responde a ninguna. Oiga, ¿encontró a la chica?

—Sí.

—Entonces, ¿qué infiernos quiere ahora? Johnny señaló a la chica.

—Su modelo se ha movido, amigo.

—¿Qué? —Volvióse hacia el lecho—. ¡Maldita sea, Glenda!

¿Tenemos que empezar otra vez?

—Es un ejemplar estupendo. Dile que se siente, Thomas. El fotógrafo bufó.

—¡Tiéndete otra vez! Y si sostienes la punta de esa mosquitera del modo que lo hacías parecerá en la foto que intentas parar el golpe de algo que te cae desde una ventana.

¡Vamos, empecemos otra vez!

Johnny buscó un lugar donde sentarse. Ella le siguió con la mirada, sonriéndole con infinita picardía.

Encendió un cigarrillo, contemplándola, viendo los esfuerzos del fotógrafo para darle cierto aire artístico a la pose, trabajo poco menos que imposible.

Tomó varias placas y luego abandonó la cámara con aspecto de fastidio.

—Vístete, nena. Hemos terminado.

—Por mí no tenga prisa, primor —comentó Johnny. Ella se sentó en el borde del falso lecho.

—¿Cómo se llama?

—Johnny.

—Glenda. ¿Tiene algo que hacer esta noche?

—Me temo que sí. Si hubiera sabido...

—¡Glenda! —rugió el dueño del estudio.

—Ya voy, hombre, ya voy.

Se deslizó como si no rozara el suelo, desapareciendo tras unos cortinajes.

—Bueno, ¿qué le pasa ahora?

—Espere que ella se vaya.

—Mire, he de revelar estas placas. Tengo trabajo atrasado y llevo un día de perros, así que abrevie, ¿quiere?

—Espere que estemos solos.

Suspiró, encendió un cigarrillo y fumó como si tuviera prisa por terminarlo.

La muchacha apareció, ya vestida de calle. Se ajustó la falda provocativamente, pasándose las manos por los muslos sin apartar la mirada de Johnny.

—Tal vez nos veamos alguna vez —dijo.

—Seguro que sí.

Sonrió y se fue, contoneándose. El fotógrafo gruñó:

—Lo que se pierden algunos... Bueno, al grano.

—Venus ha muerto.

Se quedó petrificado, sin aliento.

—Asesinada —remachó Johnny.

—¡Dios! ¿Cómo...?

—Iban a por mí. Montaron una trampa y la mataron a ella.

—Pero ¿quién, maldito sea? Venus era una buena chica.

—Sabían que iría a verla. Por eso me esperaron en su apartamento.

—¡Eh, un momento! ¿Cree que yo...?

—No fue usted quien dio el soplo. Thomas suspiró, aliviado.

—Pensé que había vuelto para vengarse. ¿Qué demonio de lío es éste, amigo?

—Quisiera saberlo. Escuche, quizá pueda ayudarme todavía. Ando detrás de Maggy da Costa. Pensé que era fácil llegar hasta ella por medio de Venus. Eran amigas, se conocían y habían trabajado juntas. Además, Venus conocía también al hombre que está detrás de todo esto, el hombre que quiero cazar.

—¿El mismo que mató a Venus?

—No lo hizo personalmente.

—Es lo mismo. ¿Para qué quiere encontrarlo, quién es?

—Todo lo que he de hacer es echarle la vista encima. Entonces, le mataré.

El fotógrafo se estremeció de arriba abajo ante el salvaje tono de aquella voz.

—Tengo la impresión de que he caído en un mundo desconocido para mí. ¿Qué quiere que haga yo en un asunto de esta clase?

—Hábleme de Maggy.

—¡Pero si apenas la conocí! Cuando la retiraron dejé de verla Y Venus nunca más me habló de ella tampoco, a pesar de que estuvo aquí algunas veces para otras tantas fotografías.

—Trabajaban juntas. Venus debía saber dónde vive Maggy. ¿No comprende que la matarán también a ella si la localizan antes que yo?

—¡Condenación! No quiera echar sobre mí sus malditos problemas. No sé dónde vive esa chica ni nunca lo supe. La mayoría de ellas sólo vienen y se van con las fotos. Venus y unas pocas más son la excepción.

—Está bien, enfoquemos las cosas desde otro ángulo. Venus seguía trabajando en el *cabaret*. ¿Sabe si había alguna amiga íntima suya entre sus compañeras?

—¿Y cómo puedo saberlo? Pregúntelo en el *Blue Night*.

—No puedo. Fue desde allí de donde dieron el soplo para que me cazaran.

—¡Oh!

—¿Y bien?

—Una vez Venus trajo a otra chica para unas fotos de publicidad. Parecían excelentes amigas. Se llamaba Diane Rose. Era cantante.

—No recuerdo haber visto ese nombre en las carteleras del *cabaret*.

—Quizá trabaja en otra parte actualmente.

—¿Cómo podríamos averiguarlo sin recurrir a la gente del *Blue Night*?

—No sé... O quizá sí, espere.

Abrió un mueble archivo y comenzó a examinar las cartulinas alineadas en los casilleros. Unos minutos después sacó una y la mostró como si se tratara de una bandera.

—¡Ya lo tengo! Pensé que quizá había dejado unas señas para que le mandara las fotos, porque no recordaba que hubiera vuelto a recogerlas y así fue. Envié las fotos al número siete de Flouris Road. Es una pensión según consta aquí.

Johnny se levantó.

—Es todo lo que quería saber. Quizá todavía llegue a tiempo.

—Oiga.

—¿Sí?

—¿Le importaría decirme quién, o qué demonios es usted? Porque no es policía, de eso estoy seguro.

Johnny sonrió.

—¿Ha oído hablar del «ángel exterminador»?

—Seguro.

—Entonces, quite lo de ángel. Buenas noches, y gracias otra vez. Salió, riéndose quedamente.

El fotógrafo se rascó la nuca, perplejo.

«Quite lo de ángel», había dicho.

—¡El *Exterminador*! —musitó, estremeciéndose—. ¡Está loco!

Pero la idea zumbó en su mente durante horas con tal intensidad que le quitó el sueño.

CAPÍTULO VIII

Abrió la puerta una mujer gorda y grasienta. Sobre la entrada campeaba una muestra luminosa anunciando la pensión.

La mujer le echó un vistazo. Frunció los labios desdeñosamente.

—¿Con cuál está citado? —rezongó.

—¿Cómo?

—Bueno, no me haga perder más tiempo. Dígame el nombre y la avisaré.

—Entiendo. Diane Rose.

—Amigo, le tomó el pelo.

—¿Por qué?

—La chica ha salido ya. Vino a buscarla otro amigo antes que usted. ¿De veras le citó a esta hora?

—En realidad, ni siquiera la conozco. Quiero hablar con ella de cierto negocio.

—¡Negocio! —se mofó la gorda—. Hay que ver la cantidad de nombres que le dan a eso. Bueno, sea como sea perdió su tiempo. No me haga perder el mío.

—¡Espere! —exclamó, viendo que se disponía a cerrar la puerta.

—Tengo mucho trabajo. Veinte chicas a pensión causan una cantidad increíble de problemas, así que lárguese, muchacho.

Se interrumpió cuando vislumbró el billete que aleteaba en la mano del visitante.

—¿Para mí? —jadeó, al darse cuenta que era de diez dólares.

—Seguro —sonrió Johnny—. Sólo para que olvide sus quehaceres por unos minutos. Le arrebató el billete de un zarpazo.

—Adelante —runroneó—. Hable cuanto quiera.

—Es usted quien debe hablar. ¿Dónde trabaja Diane?

—En ninguna parte. Terminó su contrato en un *cabaret* hace un

par de semanas y no parece tener prisa en empezar en otro. A mí, mientras siga pagando...

—¿Sabe dónde podría encontrarla esta noche?

—¡Dios mío! ¿Cómo voy a saberlo? No puedo controlar a un regimiento de cabezas locas como las que tengo bajo mi techo. A lo mejor ni siquiera regresa en un par de días.

—Ya veo... Si vuelve, ¿cómo podré saberlo?

—Telefonee. Le daré una tarjeta. Pruebe suerte.

—Conforme.

Buscó en sus bolsillos. La tarjeta no estaba muy limpia. Johnny la guardó. Antes que pudiera irse la mujer comentó:

—Deje que le diga algo, joven.

—¿Qué cosa?

—Usted vale diez veces más que el mequetrefe que ha venido a buscarla. No tendrá dificultades con ella cuando le vea.

Se echó a reír.

—Diez dólares es todo lo que me sacará, señora, de modo que no necesita elogios de ninguna clase.

—Si yo fuera más joven le devolvería el dinero. Afortunadamente —añadió piadosamente—, soy vieja, gorda y fea. Gracias por los diez pavos. Buenas noches.

Cerró la puerta y Johnny se alejó de allí más preocupado que nunca.

Cuando encontró un teléfono marcó un número que no constaba en la guía. Mientras aguardaba cerró cuidadosamente la puerta de la cabina.

La voz que ya conocía dijo a través del auricular:

—Es muy tarde.

—Más lo será dentro de una hora.

—Perfecto. ¿Johnny?

—¿Quién otro? Déjeme decirle que este sistema de contraseñas se me antoja infantil, señor.

—Pero me divierte. ¿Qué quiere ahora?

—¿Tiene algo para mí?

—Todavía no. Puse a tres hombres tras las huellas de Venus. Hasta el momento no han encontrado nada.

Suspiró resignadamente.

—Está bien. Voy a ver al mozo del *cabaret* cuando salga de su

trabajo esta noche. Le haré escupir todo lo que sepa.

—Que no será mucho. Ya sabe cómo trabajan esa gente. Células autónomas y grupos reducidos. No se conocen unos a otros excepto los miembros del mismo grupo. Obedecen a un coordinador y éste es quien da las órdenes y recibe los informes.

—Ya veremos.

—Escuche, Johnny...

—Dígame.

—A estas horas, Jean-Claud ya debe saber que usted le está dando caza. Y por otro lado ellos le han localizado por medio de esa chica, Jannina. Presumo que habrá dos grupos distintos tratando de matarle. Tal vez fuera preferible que abandonara usted este asunto y lo encargase a otro de los muchachos...

—Hágalo y presentaré mi renuncia esta misma noche. Oyó la sorda risa al otro lado.

—Pensé que diría eso. Tenga cuidado, muchacho.

—Sí.

Colgó. Faltaban horas todavía para que el *cabaret* cerrase sus puertas.

Johnny echó mano a su paciencia y echó a andar calle abajo, reflexionando a toda presión.

Los esbirros de Jean-Claud estarían cribando la ciudad en su busca, de eso no cabía duda. Y los asesinos profesionales a las órdenes directas de la gente de Moscú harían lo mismo por su cuenta. El panorama no era como para tranquilizar a nadie.

Tomó algunas copas aquí y allá, distraídamente, dejando morir lentamente las horas.

A las tres de la madrugada estaba apostado en las cercanías de la salida de servicio del *Blue Night*, envuelto en las sombras, sin fumar, respirando pausadamente y con todos los sentidos agudizados.

Vio salir a los empleados en varios grupos, hablando entre ellos, alejándose hasta perderse de vista. El mozo no apareció.

Después salieron algunas chicas de llamativo aspecto. Contempló cómo los hombres que habían estado paseando la calle se apresuraban a unirse con ellas. Luego, el callejón quedó silencioso y desierto.

Minutos más tarde salieron los músicos, algunos cargados con sus instrumentos. Pacientemente, Johnny siguió en su refugio.

Su paciencia obtuvo el premio diez minutos más tarde. El mozo salió a la calleja, se alejó unos pasos y se detuvo para encender un cigarrillo.

Se disponía a reanudar su camino cuando un objeto duro e inconfundible presionó su espalda y una voz mortalmente helada le advirtió:

—Muévete y te partiré por la mitad.

Se movió lo justo para ponerse terriblemente rígido.

—¿Qué quiere? Si es un atraco está perdiendo el tiempo.

—Echa a andar hacia el fondo del callejón. Despacio, chacal, porque en tu vida has estado tan cerca de la muerte como ahora.

Le empujó con la pistola hasta quedar los dos en las sombras, lejos de la pálida luz que brillaba sobre la puertecita del *cabaret*.

—Vuélvete.

Sus ojos se desorbitaron cuando reconoció a Johnny.

—¡Usted! —jadeó sin voz.

—Esperabas que ya estuviera muerto a estas horas, ¿eh?

—No sé de qué me habla. Yo solo...

—Había cuando te pregunte.

Volteó la mano y el cañón de la «Luger» retumbó de manera sorda contra la mejilla del mozo.

Éste se echó atrás hasta encontrar el apoyo de la pared. Ahogó el grito de dolor que pugnaba por escapársele y se pasó el dorso de la mano por la cara. No pareció muy satisfecho cuando la retiró manchada de sangre.

—De modo que ibas a darle el encargo a Venus, ¿eh, bastardo? Debiste creer en milagros cuando te dije mi nombre. ¿Cuánto te pagaron, si es que cobraste ya?

—No, escuche, está equivocado.

—Sí, ya sé.

Disparó el puño izquierdo respaldado por todo su peso. Su puño se hundió en el estómago indefenso del tipo hasta amenazar salirle por la espalda.

El barman cayó de rodillas y ahogó los sollozos de dolor. De pronto, boqueó acometido por las náuseas.

Johnny aguardó con paciencia. Luego le espetó:

—Levántate.

—¡No me toque!

—¡Levántate, maldito!

—¡Gritaré hasta despertar a todo el barrio...!

—Entonces, te pegaré un tiro en las tripas y tendrás otro motivo para gritar.

—Pero ¿qué quiere de mí? Yo no sé nada.

—¿A quién avisaste después que te hube dado mi nombre?

—¡Le juro que...!

No pudo terminar. La pistola le golpeó la boca y algunos dientes comenzaron a bailar bajo la lengua. Los escupió, aterrado, junto con la sangre de los labios rotos.

—¡Por favor, basta...!

—¿A quién, hijo de perra?

—No lo sé... ¡Le juro que no sé quién es! Sólo su teléfono...

—¿Qué más?

—Nada más.

—¿Cuánto te pagaron?

—Nada... todavía.

—Pero te pagarán, por supuesto.

—Sí, eso creo.

—¿Cuánto?

—Cinco... cinco mil.

—¿Cinco mil dólares sólo por informar de mi paradero?

—Sí.

—Esa gente ha subido los precios de un tiempo a esta parte.

—¿Qué va a hacer? No puede matarme, no soy tan importante.

—Eres un puerco, camarada. Más repugnante que todos ellos, porque vendes tu país a cambio de dinero. Ellos, por lo menos, trabajan por su patria.

—¡Oiga, no puede...!

—Ese teléfono, pronto.

—Sí... Longsdale, siete, cinco, dos, nueve, siete, uno...

—Y para establecer comunicación, ¿qué contraseña utilizas?

—Ninguna. Sólo informo de lo que sé.

—Pero debes identificarte de algún modo.

—Digo mi nombre, eso es suficiente.

—¿Qué nombre?

—Alexis.

—¿Y no sabes quién recibe tu informe?

—No... nunca lo supe.

—Eres poco menos que una basura.

Le golpeó con la pistola en medio del cráneo. Sin un grito el barman se desplomó igual que fulminado por un rayo.

Johnny buscó en sus bolsillos hasta encontrar el diminuto estuche. Lo abrió y eligió cuidadosamente uno de los tres comprimidos que contenía, todos de color distinto. El blanco era quizá un poco más grande que los otros dos.

Abriéndole la boca al inanimado mozo le introdujo la pastilla en la boca y esperó, sabiendo que se disolvería en unos instantes.

Después, cargó con el cuerpo y lo arrinconó al fondo de un hueco que había en una cerca que cubría un solar sin edificar.

Tras esto volvió a la calle principal donde estaba la entrada del *Blue Night*, cerrada y oscura. Anduvo hasta encontrar un teléfono público, introdujo unas monedas y marcó el número.

Tras la contraseña, la voz del hombre calmoso inquirió:

—¿Otra vez usted, se ha propuesto no dejarme pegar un ojo esta noche?

—He conseguido un poco de información del mozo, señor. Tome nota de un teléfono y averigüe a quién pertenece. Luego, mande a alguien a recoger esa basura para mantenerlo fuera de la circulación. No me gustaría que ellos supieran que hemos averiguado ese teléfono.

—¿Fue él quien le delató, Johnny?

—Seguro. A cambio de cinco mil dólares.

—¡Cáspita! Con lo poco que les gusta soltar dólares, están despilfarrándolos exageradamente en este asunto.

—Eso pensé yo.

—¿Qué quiere que hagamos con ese individuo?

—Guárdenlo en conserva durante un tiempo. Cuando le soltemos estará acabado porque sabrán que estuvo en nuestro poder. Jamás volverán a utilizarlo.

—Quizá le rebanen el pescuezo. No les gusta dejar cabos sueltos.

—Eso sería muy malo para él. Anote el teléfono, señor. Dictó el número y luego añadió:

—Le llamaré para saber quién es el titular.

—¡Condenación! ¿Quiere que desconecte el aparato?

Johnny rió entre dientes y colgó, sólo para levantar el auricular

y marcar a continuación el número de la rolliza dueña de la pensión. Oyó su voz soñolienta y preguntó por Diane Rose.

—¡Oh, es usted! —exclamó la mujer—. No ha vuelto todavía. Pruebe más tarde.

—¿No estará usted durmiendo?

—¿Le importa?

—A mí no.

—Entonces, llámeme. Pero le costará otros diez dólares si le arreglo una entrevista.

—Hecho.

Colgó y abandonó la cabina. La noche parecía no tener fin.

CAPÍTULO IX

La fina ganzúa obró silenciosamente y la puerta se abrió. En la oscuridad, Johnny Wagner esbozó una sonrisa, entró y volvió a cerrar, todo ello tan silenciosamente como una sombra.

Escuchó conteniendo el aliento. El apartamento estaba tan quieto como una tumba.

Avanzó, recordando la posición de los muebles.

Ella estaba sentada en una butaca, frente a la ventana. Se había dormido allí agotada por el nerviosismo y el cansancio de la anterior noche en que no había podido pegar un ojo.

Johnny estuvo contemplándola durante unos minutos. El rostro de Jannina estaba tenuemente iluminado por el resplandor que entraba a través de la ventana abierta.

Era soberbiamente hermosa, de eso no cabía duda. Recordó otro tiempo en que la más absoluta y voraz pasión le había hecho creer que ella era suya en cuerpo y alma, en que a su lado sólo tenía que alargar la mano y alcanzar con ella las estrellas.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. El chasquido del encendedor fue suficiente para que ella despertara y diera un brinco fuera de la butaca.

—Cálmate, sólo estaba admirando tu belleza.

—¡Johnny, Dios santo!

—No soy un fantasma, querida. Siéntate.

—¿Cómo entraste?

—Las cerraduras no tienen secretos para mí. ¿Dónde tienes la pistola?

—Estás tentando al destino, Johnny.

—Ya lo sé.

—Tómala.

El alargó la mano en la oscuridad. La pequeña automática estaba tibia. Ella la había tenido pegada al cuerpo toda la noche.

Rió en la oscuridad, pero su risa carecía de la menor alegría.

—Siéntate, nena.

Él se acomodó en el alféizar de la ventana y siguió fumando con calma.

—Es un juego cruel el tuyo —dijo Jannina con un hilo de voz.

—Fue peor el que jugaste tú.

En la oscuridad, las pupilas de ella, intensamente verdes, brillaban como las de un gran felino.

—¿Te has decidido al fin, Johnny, vas a hacerlo de una vez?

—A eso vine.

Ella suspiró quedamente, recostándose en la butaca. Sus pupilas dejaron de brillar.

Quizá había cerrado los ojos. O tal vez estaban inundados de lágrimas.

El alargó la mano y le rozó la mejilla con las puntas de los dedos. Estaba llorando.

—¿También lloraste por mí aquella noche, después de abatirme de un tiro, Jannina?

—¡Basta, basta, por piedad!

—¿De qué hablas? En nuestro mundo no existe la piedad y tú lo sabes bien.

—¡Nuestro mundo! Sería mejor decir nuestro infierno. ¿Es que un ser humano no puede salir de un abismo si ha caído en él, no tiene una sola oportunidad de ser libre otra vez, de vivir, y amar, y sufrir por causas humanas y normales? Dime, Johnny, ¿somos realmente unos monstruos sólo por habernos equivocado?

—Yo nunca me equivoqué, nena. Siempre estuve en el lado que debía.

—¿Y yo?

—Tú, no.

—¿Cuál era el lado bueno para mí?

—No me lo preguntes. Hablamos de eso alguna vez, a orillas del Sena. Aquéllas eran otras noches. Éramos humanos entonces. Sólo que aquello acabó.

—Escúchame...

—No.

—¡Pero tengo derecho a hablar! Si ésta ha de ser mi última noche quiero que lo sepas todo.

—No —repitió con los dientes apretados.

Ella se levantó. Con un solo paso estuvo junto a él, rozándole con su cuerpo tenso y joven.

—Me oirás, o tendrás que matarme para impedirme hablar.

—Entonces, te impediré hablar.

Jannina contuvo el aliento. Su cuerpo tenso se aflojó de repente. Vaciló y se apoyó contra él.

—¿Qué te pasa? —Gruñó.

—No lo sé, me siento como si fuera a desmayarme.

—¿Tú?

—¿No te ríes?

No replicó. Sintió las manos de la muchacha engarfiarse en sus brazos, el cuerpo se pegó contra el suyo, cálido, vibrante de vida. Luego, se deslizó poco a poco, las manos perdieron fuerza y se desplomó al suelo, inerte.

Johnny ahogó una sarta de juramentos. Aquello era sólo una comedia, un último intento de escapar a la muerte, quizá una hábil maniobra para despertar en él dormidas ansias. Ella debía esperar que la tomara en brazos, la levantase, sintiera su cuerpo palpitar en las manos.

Se apartó, buscó la luz y la encendió.

—Excelente, querida. Ni una actriz profesional...

Se interrumpió, inclinándose sobre ella. Estaba tan pálida como la muerte. Le tocó la frente y la encontró helada.

Jannina no fingía.

Había perdido el conocimiento bajo los embates del pánico, la feroz tensión a que la había sometido y el agotamiento de la brutal espera.

La levantó como si fuera una pluma y la tendió en el diván.

Era la mujer más tentadora que conociera jamás, y se convenció de ello ahora, al verla inconsciente, abandonada a un destino fatal, tan hermosa a pesar de todo que las fibras endurecidas que había creído dormidas para siempre vibraron bajo el impulso incontenible del recuerdo.

Pero con ellas surgió también el rencor y se apartó de la muchacha. Se preparó una bebida y regresó junto a la ventana. La

avenida relucía con sus brillantes luces reflejándose en las carrocerías de los coches estacionados a ambos lados.

La noche era tranquila, cálida y silenciosa. Podía percibirse el latido de la gran ciudad alrededor, como un enorme corazón bombeando raudales de vida hasta los más apartados rincones.

Incluso hasta ese piso lleno de lujo. Sólo que en él se guarecía la muerte.

Vació el vaso de un trago. Luego se volvió.

Anduvo hacia la puerta maldiciendo mentalmente su indecisión. Jamás volvería a encontrar otra oportunidad semejante, tan fácil...

Se detuvo, sacó la pistola niquelada y volvió atrás, arrojándola sobre el diván, junto a Jannina.

Tras esto abandonó el apartamento.

Más tarde, si alguien le hubiese preguntado qué calles recorrió en su deambular sin rumbo no hubiera podido responder. Sólo sabía que amanecía cuando pareció despertar de su ensimismamiento. Entonces buscó una cabina telefónica y llamó a la pensión.

—Lo siento, no regresó —le anunció la voz pastosa de la dueña.

—Está bien, seguiré intentándolo durante el día.

—No deje de hacerlo. Me he acostumbrado a la idea de sus diez dólares extras, joven.

Colgó. Sentíase agotado y como vacío por dentro. Tomó un taxi y se hizo conducir al pequeño apartamento que ocupaba, en la cumbre del edificio Thomstone.

Allí era el único lugar en donde se permitía el lujo de abandonar las precauciones, los celos y los temores.

Se acostó y quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO X

—Hemos descubierto al propietario del teléfono, pero en cuanto a lo otro, ni una palabra —dijo la voz a través del auricular.

Johnny suspiró.

—¿Qué es lo otro, señor?

—Las averiguaciones respecto a Venus. Es imposible seguir el hilo más allá de su amistad con Maggy da Costa mientras ésta trabajó en el *cabaret*. Al marcharse, la relación se interrumpe.

—Está bien, hábleme de ese teléfono.

—Pertenece a un tal Andrey Bouzha. Creo que se trata de un húngaro emigrado hace años. Tiene una tienda de antigüedades en el número 182 de la 43 oeste.

—*Okey*. Ya sabemos quién es el coordinador de todos los grupos y células de Nueva York. ¿Desea mantenerlo en observación algún tiempo, señor?

—No creo que sacásemos mucho en limpio de él. Son endiabladamente astutos y bien adiestrados.

—¿Entonces...?

—¿Quiere encargarse usted mismo?

—¿Por qué no? Es posible que a través de él logre saber algo de nuestro amigo Jean-Claud.

—Me sorprendería mucho, no obstante, inténtelo. Pero nada de escándalo.

—Soy enemigo del ruido, señor.

—Sí, ya sé algo de eso.

Colgó el teléfono y abandonó el piso después de proveerse de un silenciador de los más eficaces para su automática.

La tienda de antigüedades estaba llena de objetos sorprendentes, exóticos y curiosos. Había desde máscaras rituales del centro de

África hasta sables de Samurái; desde armaduras europeas de la edad media a los horripilantes ídolos chinos e indios de todas sus divinidades.

Johnny cruzó por entre aquel laberinto buscando la trastienda.

Oyó una voz al otro lado de una puerta entornada y se acercó a ella para escuchar. Estuvo a punto de soltar una exclamación cuando reconoció el idioma ruso en aquella voz.

También comprendió que el hombre hablaba por teléfono porque no se escuchaba ninguna réplica.

—No comprendo cómo pudo suceder —estaba diciendo la voz ruda de Andrey Bouzha—. Eran dos de los mejores «eliminadores» de que disponemos. Sí, ya se lo he dicho, ella murió, pero Wagner logró escapar una vez más. Bueno, cálmese, lo encontraremos otra vez. Está en Nueva York sin duda. Estamos intentando averiguar por qué razón buscaba a esa mujer, la que murió. Estamos seguros que no fue por razones románticas.

Johnny se sonrió a sí mismo. De modo que las cosas se ponían feas para aquellos tipos.

Alguien les acuciaba para que le dieran caza.

Pensó que sería un golpe de efecto interrumpir la charla y empujó la puerta. Andrey le miró por encima del hombro, absorto en la conversación.

—Espere fuera, sólo tardaré...

Le reconoció y se quedó mudo de estupor. Johnny le dedicó una mueca. Una voz iracunda vibraba a través del auricular.

—Responda, Andrey —aconsejó—, dígame a quien sea que sus quebraderos de cabeza han terminado porque Johnny Wagner está aquí, en su propia trastienda.

No encontró voz con que seguir este consejo. Las agudas vibraciones en el aparato subieron de tono.

De un manotazo, Johnny, le arrebató el auricular acercándolo a su oído. La voz gruesa estaba diciendo:

—¿Te has quedado mudo, estúpido? ¡Responde de una vez!

—Temo que Andrey tenga algunas dificultades para expresarse, amigo —dijo en ruso.

—¿Qué, quién habla? —rugió el hombre gordo.

—Johnny Wagner.

Creyó escuchar algo semejante al estallido de un globo. Colgó

ante la mirada aterrada de Andrey.

—¿Quién era tu amigo, camarada?

—Usted... usted...

—¿Qué pasa? Están revolviendo Nueva York en mi busca, y cuando me encuentran casi les da un ataque.

—¿Qué pretende? Entiendo que ha descubierto muchas cosas, pero no sabrá una sola más por mi conducto.

—Eso queda por ver todavía. En primer lugar hablemos de otro asunto. Burgoine, por ejemplo.

Comprendió que aquel nombre no significaba nada para el húngaro llamado Jean-Claud, porque sus métodos de trabajo eran totalmente independientes.

—¿Y bien?

—No sé nada.

—Quizá sepas más de Jean-Claud. Dio un respingo, lleno de sorpresa.

—A eso puedo responder —dijo con cierto tono de desafío—. Sé que Jean-Claud está en Europa. Jamás podrá cazarlo usted.

—Veremos. ¿Quién era el tipo del teléfono?

—Ya he hablado todo lo que pensaba hablar. ¿Va a detenerme?

—¿Para qué?

—Pero yo creí...

—Sabes la forma en que trabajamos nosotros, Andrey. Y nosotros sabemos vuestros métodos. ¿Para qué vamos a engañarnos? Ambos somos profesionales, cada uno a su manera.

Sacó la «Lüger» y le adaptó el silenciador. Después hundió la mano izquierda en el bolsillo, casi distraídamente.

La mirada del húngaro estaba materialmente prendida de la enorme pistola que le vigilaba con el negro ojo de la muerte.

—No se atreverá... puede entrar alguien y sorprenderle...

—¿Ésa es la esperanza a la que te agarras?

Andrey se levantó pesadamente. Su frente se cubrió de sudor.

Johnny sacó la mano izquierda del bolsillo y la apoyó en el borde de la mesa. Sonrió.

—Pienso que será preferible dejarte vivir un poco más. Andrey le miró como si creyera que estaba volviéndose loco.

—¿Qué ha dicho, Wagner?

—Sólo dime una cosa. ¿Por qué Moscú tiene tanto interés por mi

cabeza?

—No lo sé.

—Es un interés que se les despertó de repente. ¿Por qué?

—Yo sólo recibo órdenes, no explicaciones. No sé nada, pero aunque lo supiera tampoco hablaría. Pierde usted esta partida de todos modos, haga lo que haga.

—Otra cosa, ¿dónde interviene Jannina Garose en este embrollo?

—¿Ella? Ni siquiera pertenece a nuestra célula. Sólo la vi una vez... hace tiempo.

—¿Quieres decir que ella no pasó el aviso de mi localización? El hombre sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Yo lo sabría.

—Muy curioso... Retrocedió hacia la puerta.

—No tengas prisa en salir, Andrey, o te volaré los sesos. Me han recomendado que lo haga discretamente, así que obraré a mi modo.

Salió de la trastienda. Llegaba a la puerta cuando escuchó el girar del disco telefónico. Sonrió con una mueca de lobo.

Se había alejado apenas diez pasos de la tienda cuando se produjo la explosión. Fue tan violenta que parte de las mercancías almacenadas en la tienda se desparramaron por la acera, mientras el estampido resonaba una y otra vez por toda la calle. Una humareda mezclada con polvo viejo de cien años surgió de la desmenuzada puerta.

Johnny contempló las carreras de la gente precipitándose dentro de la tienda de antigüedades. Imaginó que lo que encontrarían de Andrey Bouzha, del teléfono y de la trastienda serían sólo fragmentos.

Ahora, los rusos sabrían que la batalla estaba planteada en todos los niveles. Y también lo sabría Jean-Claud estuviera donde estuviese.

Cuando estuvo lejos del tumulto tomó un taxi. Casi sin proponérselo se hizo conducir a la avenida Kleber.

Llamó al apartamento y apenas si tuvo que esperar unos segundos. La puerta se abrió, pero la mujer que apareció no era Jannina.

Enarcó las cejas y volvió a mirar el número de la puerta, asegurándose de que no se había equivocado.

—¿Qué desea? —le instó la desconocida, una mujer de cuarenta años, de rostro marchito y ojos tristes.

Le asaltó la idea de que la muchacha había muerto, escapando así, a su modo, a la venganza largo tiempo acariciada.

—Jannina —murmuró—. ¿Dónde está?

—Se la llevaron al hospital, señor.

—¿Qué?

—Dijeron que se trataba de un ataque cardíaco. Muy grave.

—¿Está segura?

—Eso es lo que dijeron.

—¿Cuándo se la llevaron?

—Esta madrugada. Ella debió sentirse enferma... descolgó el teléfono y todavía encontró fuerzas para llamar al conserje. Él fue quien me contó todo cuando llegué esta mañana.

—¿Usted es...?

—La asistenta. Vengo todos los días.

—Comprendo. ¿A qué hospital la llevaron?

—Al Central. Es el más cercano.

—Claro, claro... Gracias, señora.

Se lanzó a la calle lleno de incertidumbre.

Pero se dominó con un esfuerzo al pensar en Diane Rose y lo que aquella mujer significaba. De modo que telefoneó a la pensión.

La voz triunfal de la dueña exclamó:

—¡Me debe usted diez dólares, joven!

—¿Regresó?

—Hace apenas una hora.

—Voy para allá.

—¡Eh, un momento, aguarde!

—¿Por qué?

—Ella está dispuesta a entrevistarse con usted a las once de esta mañana. Ha tenido que salir, pero regresará a tiempo.

—¡Maldita sea! Otro desperdicio de tiempo... Está bien, dígame que llegaré ahí antes de esa hora.

—¡Y no olvide mis diez machacantes!

—Los tiene en su bolsillo, señora.

Colgó. Decidió comprobar el estado de Jannina. Quién sabe...

Le permitieron verla desde la puerta. Había una enfermera al lado de Jannina aplicándole una inyección intravenosa en el brazo

derecho.

Mientras estaba mirándola la muchacha ladeó pesadamente la cabeza y le vio. Pensó que daría un salto en la cama al reconocerle, pero no fue así. Sonrió tristemente y susurró:

—Casi te ahorré el trabajo, Johnny...

La enfermera retiró la aguja y ladeó la cabeza.

—Haga el favor de salir —ordenó. Jannina musitó:

—No... Déjele entrar...

—Pero el doctor dijo que no debía recibir visitas.

—Ésta es especial... Me encuentro bien... créame...

La enfermera titubeó. Johnny avanzó y se detuvo junto al lecho, rígido y duro, presa de extraña zozobra.

La enfermera salió apresuradamente. Johnny comprendió que iba a avisar al médico de guardia.

—¿Qué fue, Jannina? —indagó con voz contenida.

—Un ataque cardíaco según los médicos... No saben lo que dicen...

—¿Por qué?

—Fue la muerte... vino por mí para... para que tú... no tuvieras que... que hacerlo...

—Desvarías.

Ella volvió a sonreír de aquella manera pálida y patética.

—No debiste dejar la pistola en el diván. El doctor se llevó un susto cuando... cuando tropezó con ella.

—Creí que era sólo un desmayo, por eso me fui.

—No quisiste matarme estando inconsciente... Así no me hubiera dado cuenta...

—Ya basta, Jannina.

—¿Por qué, algo ha... ha cambiado?

—No lo sé, trato de comprenderlo yo mismo.

—Escucha... nos interrumpirán de un momento a otro... Debo explicarte...

—Ahora no, Jannina.

—Sí, ahora... Quiero que me escuches... ¡Por favor, Johnny!

Sacudió la cabeza. Algo como un remolino giraba en su interior, aturdiéndole.

—Cuando salgas de aquí —dijo con voz ronca.

—¡No, no! Quizá no salga nunca y tú debes saberlo... Antes de

encontrarte no me importaba que lo supieras... ahora es distinto... todo cambió.

La puerta se abrió bruscamente. Un médico joven entró con el rostro oscurecido por la indignación.

—¿Quiere darnos trabajo extra, amigo? —exclamó—. Esta señorita no está en condiciones de soportar visitas todavía...

Jannina sacudió la cabeza.

—¡Déjele, doctor! Unos minutos tan sólo... déjenos solos...

—Imposible. Johnny intervino:

—Volveré esta tarde. Entonces podrás contármelo, Jannina. Ella le miró. Había un mundo de tristeza en sus ojos verdes.

—No te creo —el desaliento se reflejó en su voz—. Pero te esperaré de todos modos.

El médico le empujó hacia el pasillo. Cuando la puerta se cerró oyó un apagado sollozo. El doctor le fulminó con la mirada.

—¿Se da cuenta de lo que consiguió? —le espetó acusadoramente.

—Lo lamento. ¿Qué es realmente lo que tiene?

—El corazón. Le falló... sin embargo, se repondrá. No puedo comprender esa insuficiencia cardíaca cuando todos los exámenes y electrocardiogramas muestran un corazón perfectamente normal.

El sí podía entenderlo. El terror puede constituirse en enfermedad llevado a extremos excesivamente brutales...

Entonces, Johnny hubiera deseado no pensar en nada. Sólo que eso era imposible.

* * *

Diane Rose era una morena de rostro terso y alegre. Sus ojos le brillaban llenos de chispas de luz. Parecía contemplar la vida desde un ángulo risueño, e incluso cuando se enfrentó a aquel apuesto desconocido tan recomendado por la patrona de la pensión no demostró el menor recelo.

—Sospecho que le ha pagado usted muy bien a la vieja para que insistiera tanto en su favor —dijo, sentándose ante Johnny.

Éste tuvo tiempo sobrado de admirar toda la generosa extensión que la minifalda dejó al descubierto. Era un espectáculo de primera calidad sin duda alguna.

—Veinte dólares —repuso.

—Lo imaginaba. ¿Qué quiere de mí? Usted no es un galanteador profesional.

—Acierta.

—No tiene el tipo. Usted jamás pagaría un centavo por conseguir a una mujer...

¿Acierto?

—No sé adónde quiere ir a parar.

—Usted la tomaría sin rodeos. Y ahora dígame qué quiere.

—Usted es muy amiga de Venus de Lucca.

—Bueno, digamos que lo corriente. Trabajamos juntas una temporada en el *Blue Night*.

—¿Trabajaba usted allí cuando actuaba en el Maggy da Costa?

—No. Oí hablar de ella alguna vez, pero eso fue todo. Nunca la vi.

—¿Sentía mucho afecto por Venus?

—¿A qué viene eso?

—Ha muerto.

—¿Venus?

—Sí.

—Es horrible... Estaba sana y fuerte... Oiga, ¿un accidente quizá?

—Asesinada.

Se puso rígida y perdió el color. Se estremeció y la emoción le impidió hablar durante unos instantes.

—Espantoso —susurró.

—Necesito encontrar a Maggy urgentemente, Diane. Venus era muy amiga de ella, pero ha muerto y la pista quedó rota. Pensé que quizá usted podría ayudarme.

—¿Y de qué modo? Le dije que nunca conocí a Maggy. Además, cuando empecé a trabajar en el *cabaret*, Venus ya actuaba allí. No era de las que hacen confidencias.

—No obstante, sí ligaba profundas amistades. Lo prueba el hecho de que intimase tanto con Maggy.

—Quizá... Tal vez sea cierto —dijo de pronto—. Había una muchacha a la que ella quería mucho. Se llama Hilde Risto. Una vez que salimos juntas Venus y yo, dijo que hacía mucho tiempo que no veía a esa chica amiga suya y me llevó a visitarla. Tenía un

apartamento fantástico...

—¿Dónde?

—¿Para qué quiere encontrarla?

—Pienso que ella tal vez conoció a Maggy. Y si no, quizá Venus le hizo alguna confidencia al respecto y ahora Hilde lo recuerde.

—Entiendo. La casa estaba en Burdon Street... creo que el número setenta o así... Casi al final. Es una calle muy corta...

—Sé dónde está esa calle. ¿No está segura del número?

—No, pero no puede equivocarse. La casa es la única nueva que hay en ese tramo final. Hilde ocupa el ático.

—Con eso la encontraré. Oiga, otra cosa; ¿oyó alguna vez el nombre de Burgoine?

—Nunca. ¿Quién es?

—Me gustaría mucho saberlo.

Se levantó. Ella le miró como si lamentara el brusco final de la conversación.

—Si tiene dificultades para encontrar a Hilde, vuelva usted por aquí —le invitó insinuatoramente—. Aunque no hay ninguna maldita necesidad de andar con tantos rodeos... Vuelva cuando quiera y será bien recibido.

—No lo olvidaré —rió, antes de abandonar la pensión.

* * *

Sus ojos la examinaron aprobadoramente. No cabía duda que Hilde era tan bella y espectacular como lo fuera Venus y seguía siéndolo Diane.

—Bueno, ¿qué quiere? —le espetó ella por segunda vez desde el umbral del apartamento.

—¿Usted es Hilde Risto?

—Sí, pero es mejor que sepamos quién es usted. A fin de cuentas, yo estoy en mi casa.

—Lógico. Me llamo Johnny. Quiero hablarle de una amiga suya.

—¿Johnny, solamente?

—Johnny Wagner —aclaró él, impaciente.

—¿De qué amiga se trata? Tengo muchas, por supuesto. Se expresaba con enorme desparpajo. Él sonrió.

—Venus de Lucca.

—Oh, bueno; pase usted.

Se apartó para dejarle paso. Luego cerró la puerta.

Le guió a una sala interior y una vez allí se apartó a un lado. Sus ojos relampaguearon con descarnada burla. Habló con voz aguda y demasiado alta.

—Bueno, Johnny Wagner. ¿Qué pasa con Venus?

Antes que le fuera posible responder, los dos hombres vestidos de oscuro aparecieron procedentes de una puerta entornada. Los dos le apuntaban con grandes revólveres. Johnny apretó las mandíbulas y ladeó la mirada hacia la mujer.

—Has representado bien tu parte, Hilde. Y yo he sido un estúpido. Ella se echó a reír.

—No voy a llevarte la contraria en ese punto. No eres el tipo tan peligroso que estos amigos me describieron...

Uno de los hombres ordenó con voz profunda y tensa:

—Retroceda hasta la pared, Wagner. Y mantenga las manos lejos del cuerpo o empezamos a disparar.

—¿Y si retrocedo no lo harás?

—¡Atrás he dicho!

Lo hizo tal como le ordenaban. No se detuvo hasta que su espalda tocó la pared.

—Ahora te vuelves y te apoyas ahí. La chica te quitará la pistola. ¿Dónde la llevas?

—En el bolsillo de atrás del pantalón —mintió.

—Bueno, muévete. Y tú también, chica. Quítale la pistola y tráela aquí.

Johnny tuvo una súbita idea. Aquella mujer iba a convertirse en un testigo muy peligroso... Aunque, si formaba parte de una célula eso no le llevaría a ninguna parte.

No obstante lo intentó.

—Haz lo que te dicen, Hilde, y luego te matarán a ti también igual que mataron a Venus.

La muchacha se detuvo igual que herida por un rayo.

—¿Qué has dicho? —balbuceó.

El frunció el ceño. La vio temblar, agitada. Y muy pálida de repente.

—No podrán dejarte vivir después de matarme.

—Tonterías... No quieren matarte, sólo llevarte a un lugar

seguro para interrogarte.

—Te han mentido. Mataron a Venus a causa de...

—¡No es cierto!

—¡Ya basta, pareja de imbéciles! —rugió el que llevaba la voz cantante—. Ya me oíste, Maggy, así que muévete.

Johnny sintió que algo estallaba dentro de él.

¡Maggy!

—¿Maggy? —murmuró.

Ella no se movía, indecisa porque no sabía si creerle o no.

—¿Cuándo viste a Venus? —jadeó.

—La mataron delante de mí. También la utilizaron como anzuelo... ¡Maldita sea! He caído dos veces en la misma trampa... Pero tú eres Maggy da Costa, ¿no es cierto?

—¡Te la buscaste! —Gruñó el gorila.

El prolongado cañón del revólver se inmovilizó apuntándole mientras el dedo se tensaba sobre el gatillo. Johnny dio un rápido vistazo al otro. Se mantenía alerta, pero en un segundo plano, dejando la iniciativa a su compañero.

—Maggy —dijo—. Van a disparar... Huye si puedes. ¿Entiendes, chica?

—Ella no irá a ninguna parte lo mismo que tú. Los dos se quedarán aquí. Eso es todo. El vozarrón calló. Ella susurró:

—Es cierto... les ha ordenado matarme... a mí, que se lo di todo... El asesino rió entre dientes.

—Él sabía que ese maldito tipo te buscaba a ti. Eras el lazo que necesitaba para desentrañar el camino hasta él. Se limitó a esperar que llegara aquí después de salvar todos los obstáculos. Ponte a su lado, vamos a acabar con eso de una vez. ¿Listo, Alesandro?

El otro emitió un gruñido por toda respuesta. Luego añadió de modo más o menos inteligible:

—Yo me ocupo de la chica. Tú, del tipo.

—Muy bien. ¡Tú, zorra, ponte a su lado he dicho!

Como una sonámbula, Maggy avanzó tambaleándose. Sus pupilas eran dos simas de terror.

Tan pronto llegó a su alcance, Johnny le propinó un tremendo empujón que la lanzó dando tumbos al otro lado del aposento y él saltó en dirección opuesta. El gorila gritó algo y comenzó a disparar. Los silenciadores apagaron los estampidos de las grandes

armas.

Johnny sintió un doloroso picotazo en la espalda, pero siguió rodando desesperadamente confiando que en la excitación de la muerte se olvidasen de Maggy.

Cuando golpeó la pared de la derecha ya tenía la pistola en la mano. Se alegró de que también llevara el silenciador en esta ocasión.

Disparó dos veces y falló. Las balas le buscaban y sólo seguía vivo gracias a su adiestrada movilidad, no obstante aquel juego no podía durar más que unos segundos fugaces.

Aterrizó junto a una mesita. Era demasiado pequeña para ofrecerle la menor protección. Vio el cristal que la cubría saltar bajo el impacto de varios proyectiles. Empujó el mueble con el mismo impulso que se lanzaba de costado. Disparó salvajemente mientras estaba en el aire, en plena cabriola.

Fue como si estuviera en la galería de entrenamiento. Vio al gorila soltar el revólver y manotear en el aire cuando su cara desapareció entre un surtidor de sangre y masa encefálica esparcida por el enorme proyectil de la «Luger». Luego, golpeó el suelo y se desentendió del espeluznante espectáculo.

Oyó chillar a Maggy horrorizada. El otro pistolero cometió entonces el error de querer enfilar demasiados objetivos a la vez, aunque tenía la disculpa de que el agudo grito le recordó que ella también debía morir.

Giró la mano armada hacia el lugar donde Maggy permanecía acurrucada en el suelo. Johnny le envió una sarta de balazos que le zarandearon igual que a un muñeco. Golpeó la pared con la cara, giró, volviéndose, y las balas destrozaron su garganta.

Una catarata roja se desbordó de la yugular hecha trizas. El revólver golpeó ruidosamente el suelo, golpe que su espeluznante estertor ahogó.

Cuando caía Johnny le metió la última bala que quedaba en su pistola y con ella le voló la mitad del cráneo. Estaba terriblemente furioso cuando se levantó y se acercó a Maggy.

—¡Levántate! —Gruñó.

Ella levantó su aterrada mirada. Creyó que iba a matarla, juzgando por la espantosa expresión que había en la cara de él.

—¡No puede hacerlo, Wagner... por favor...!

—¡Levántate, maldita seas!

Se tambaleó al intentarlo. El la sujetó por el brazo y la puso de pie de un tirón.

—Ahora hablaremos tú y yo, zorra. Y vas a contarme toda la historia o te arrancaré la piel a tiras así sea lo último que haga en este mundo. ¿Dónde está Burgoine?

—Se lo diré... ¡Dios, quiero que lo mate usted! Él ordenó a esos dos... puercos que me mataran. ¡A mí, el maldito!

Johnny suspiró, serenándose poco a poco.

—¿Tienes licor?

—*Whisky*... en la cocina.

—Vamos a probarlo.

La empujó delante de él. De este modo la libró del horroroso espectáculo.

Esperó que llenara dos vasos y la vio beberlo glotonamente. Una oleada de color subió a sus blancas mejillas y tosió con violencia.

Él bebió el suyo a pequeños sorbos. Seguía empuñando la pistola vacía y ni lo advirtió.

—Vamos, hálame de Burgoine, o cómo demonios se hace llamar ahora.

La espalda le dolía, pero comprendió que no era una herida seria. De todos modos, su mundo se centraba en aquellos instantes en lo que ella pudiera decirle. Hubiera podido desangrarse y su férrea voluntad le habría mantenido clavado allí, escuchando...

Maggy habló al fin.

De este modo, pronunció la sentencia de muerte para el hombre más sanguinario de toda la historia del espionaje.

CAPÍTULO XI

Había vigilado la casa durante todo el día. Una espera casi insoportable, agazapado como un lagarto entre las rocas de la ladera.

Era un edificio pequeño y nuevo, en el extremo de Cape Town, a pocas millas de Nueva York.

El crepúsculo puso tintes morados en las montañas. El trino de los pájaros destacó limpiamente en el silencio de los campos.

En la casa, excepto los copudos árboles, nada se movía.

Después vio encenderse una luz en una ventana. Más tarde, otra en una segunda. Sabía que había por lo menos tres hombres allí dentro, uno de los cuales era Jean-Claud. Comenzó a deslizarse colina abajo.

Sorteó hábilmente los dos dispositivos de alarma. Casi se asombró de que el hombre que buscaba se hubiera limitado a instalar esos aparatos, pero luego comprendió que se consideraba tan seguro que con ello consideró suficiente su protección.

Aparte de sus cuatro pistoleros, naturalmente.

Dos de los cuales yacían, medio despedazados, en el apartamento de Maggy de Costa.

De modo que quedaban dos.

Atisbo por una ventana. Tenía la descripción de Jean-Claud, pero era tan vaga, tan impersonal, que podía pertenecer a cualquiera de los dos hombres que cenaban silenciosamente.

O podía no ser ninguno de ellos.

Si desencadenaba la alarma y no era uno de ellos tendría aún la oportunidad de escapar.

Se deslizó hacia la siguiente ventana. Allí estaba.

Un hombre solo, sentado en una butaca, leyendo un periódico.

En toda su vida no recordaba haber estado tan tenso y furioso como en aquellos instantes.

Retrocedió apartándose de la ventana. Tomó carrerilla y se lanzó al aire hecho un ovillo. El impacto desmenuzó los cristales y él rodó sobre la alfombra con la pistola en la mano.

El hombre de la butaca dio un brinco. Demostró una velocidad de reflejos asombrosa cuando sacó una pistola y disparó casi con el mismo movimiento. El arma rugió en medio del estrépito de los últimos cristales que caían todavía.

Johnny rodó sobre la alfombra y cada vuelta le sirvió para efectuar un disparo. El hombre giró sobre sí mismo llevándose las manos al estómago.

—¡Jean-Claud! —rugió, levantándose.

—No... él...

—¡Maldición!

Le hundió un último balazo en la cabeza y corrió hacia la puerta.

Oyó carreras de alguien que se acercaba. Apenas tuvo tiempo de detenerse cuando otro hombre apareció en un recodo del pasillo.

Johnny aulló como un piel roja y disparó al mismo tiempo. Estaba como loco, enfurecido por ese primer error.

La «Lüger» casi decapitó al pistolero arrojándole otra vez por donde había aparecido. Escuchó, pero no oyó nada más que el zumbido de sus oídos maltratados por los disparos.

Avanzó cautelosamente. La casa era un pozo de silencio entonces. Vio la luz de la otra habitación y corrió hacia aquella puerta.

El interior estaba vacío. Los restos de la comida seguían en la mesa. Un plato estaba volcado a causa de la precipitación con que se habían levantado.

Volvió atrás. Trató de recordar la dirección de la puerta principal. Cuando la encontró comprobó que estaba bien cerrada.

No había salido por allí, pero había otra en la fachada posterior. La buscó. Cerrada también. ¿Entonces, por dónde?

Una ventana tal vez.

Las revisó una a una, consciente de que estaba perdiendo un tiempo precioso. Todas estaban cerradas excepto la que él había reventado al saltar a través de ella.

No pudo creer que *Jean-Claud* se hubiera tomado la molestia de cerrar otra vez las puertas, en caso de haber salido por una de las dos.

De modo que sólo podía estar arriba, en el piso.

Se tomó su tiempo entonces. Renovó la carga de la pistola antes de decidirse a subir las escaleras peldaño a peldaño, con suma cautela.

Aquella planta se componía de un rellano al que se abrían dos puertas, un corto pasillo a la derecha, con dos puertas más en cada lado, y un gran armario empotrado a la izquierda.

Abrió el armario. Vacío.

Las dos puertas del rellano le revelaron sendos dormitorios con las camas revueltas, pero desiertos.

Respiró profundamente al enfrentarse con el corto pasillo. Pegado a la pared, abrió la primera puerta de un empujón.

No sucedió nada y del oscuro interior no brotó ningún lengüetazo de fuego ni rumor alguno.

Se deslizó por el quicio del portal al interior, tanteando la pared en busca de la llave de la luz. Era un juego al escondite cuyo premio era la muerte para uno de los dos hombres.

Dio la luz.

Era una habitación casi vacía. Había sólo algunas sillas viejas y una cómoda anticuada. Apagó la luz y volvió al pasillo.

Minutos después había comprobado que *Jean-Claud* no estaba tampoco en la planta alta.

Loco de ira se lanzó escaleras abajo y salió de la casa por la puerta, corriendo hacia donde había visto el garaje desde su observatorio. Los dos coches que viera durante el día seguían allí también.

La ira dejó paso al estupor primero y a la incredulidad después. Era absurdo que el hombre hubiera huido a pie pudiendo disponer de un coche. ¿Por qué *Jean-Claud* ni siquiera había tomado parte en la batalla? Era un esbirro sanguinario y sádico, pero no un cobarde. No obstante había dejado a sus pistoleros que le sacaran las castañas del fuego mientras él huía...

Bueno, ¿hacia dónde?

Regresó a la casa y volvió a recorrer toda la planta baja con el mismo resultado negativo.

Imaginó la sarta de recriminaciones que su jefe le dedicaría y se estremeció. ¿Cómo podía haberse esfumado de aquel modo?

¡Un sótano!

La idea estalló en su mente como un cohete.

Se lanzó en busca de la entrada a un posible sótano, más si había alguno no pudo localizar ni una puerta, ni una trampilla que delatara el paso hacia una cueva excavada bajo el edificio.

Dedicó especial atención a la caja de las escaleras y a la cocina. Todo parecía macizo.

Refunfuñó una maldición y regresó a la habitación donde los dos hombres, Jean-Claud y no de sus guardaespaldas, habían dejado la cena a la mitad.

Entonces, una pistola retumbó tras él y un salvaje impacto en la espalda le tiró de bruces sobre la mesa derribándola. El mantel, los platos y los cubiertos, todo le cayó encima en medio de un caos de dolor insoportable.

Su mirada se enturbió. Luego, volvió a aclararse.

Oyó a alguien que reía muy cerca. Levantó dificultosamente la cabeza por encima del borde de la mesa y vio al hombre parado en la puerta.

—Se acabó, Wagner —dijo *Jean-Claud*, triunfante—. Le reconocí cuando le vi salir fuera...

—Usted... usted...

—Yo soy el hombre a quien usted conoce por Jean-Claud. Y una vez más, el triunfo está de mi parte.

Dio un vistazo a la pistola «Lüger», caída fuera del alcance de Johnny y volvió a reír con inmenso sarcasmo.

—Le confieso que me había decidido a huir a campo traviesa, sólo que quise ver al hombre que había llegado tan cerca de mí. Pude reconocerle a la luz del vestíbulo, cuando abrió la puerta. Entonces cambié de idea. Su muerte me valdrá otro puñado de dólares.

—Ésa es su suprema razón... de vivir y... y matar...

—¿Cuál otra?

Johnny se dejó caer, casi sin fuerzas al otro lado de la mesa. La pistola estaba fuera de su alcance, el dolor terrible del balazo barrenaba su espalda y sentía deslizarse la sangre como una caricia caliente.

Poco a poco su enemigo se acercó a la mesa. Le contempló abatido, vencido a sus pies, sólo separado de él por el tablero redondo, en medio de un laberinto de platos rotos, restos de comida, cubiertos y cristales de los vasos desmenuzados.

—¿Qué fue de los dos hombres que mandé en su busca?, — indagó, tranquilo, pausadamente.

—Los maté...

—¿Y Maggy?

—Vive...

—No por mucho tiempo. Me ocuparé de ella personalmente esta vez... Y ahora, adiós, Wagner.

Levantó la pistola. Johnny levantó los ojos y dijo:

—Sea como sea pierde usted... hijo de perra... Mire lo que llevo en el bolsillo de la chaqueta... Mírelo, es sólo una copia del original...

Calló al extinguírsele la voz. Jean-Claud titubeó. Luego, rodeó la mesa y se agachó al lado del herido.

—¿Qué bolsillo, qué lleva en él?

—Una copia... llegará a Moscú y usted...

Comenzó a registrarle los bolsillos de la chaqueta con la mano izquierda. Johnny volteó el brazo con sus últimas fuerzas y el largo tenedor de doble punta que empuñaba se hundió profundamente en la espalda de su enemigo.

Jean-Claud emitió un apagado gorgoteo al tiempo que trataba de levantarse y mover la mano derecha. Johnny desclavó el tenedor y repitió el salvaje golpe, esta vez mejor dirigido. Notó la sangre saltar como un torrente y salpicarle la mano.

Era el final. Intentó desclavar la improvisada arma, pero las fuerzas le fallaron. Abandonó el tenedor al tiempo que Jean-Claud caía de bruces, todavía esforzándose por disparar...

—Lo consiguió —barbotó con una especie de estertor—. Lo hizo... «El Exterminador»...

Lo hizo... otra vez...

Johnny perdía el conocimiento a pasos de gigante. Le parecía flotar en medio de un gran tumulto, un gran ruido que sólo retumbaba en su cráneo...

La pistola cayó de los dedos del espía. Los mismos dedos arañaron el suelo, cortándose con los pedazos de cristal. Intentó

erguirse, levantar el torso. Todo lo que logró fue hundirse más el mortífero tenedor de servir que le mataba a cada instante.

Finalmente cayó de bruces. Un largo estertor ronco y silbante desgarró su pecho. La sangre apareció en su boca.

Cuando quedó absolutamente inmóvil Johnny estaba inconsciente. En realidad, buena parte de él estaba al otro lado de la gran barrera...

CAPÍTULO XII

Abrió los ojos y contempló las paredes blancas del hospital.

Pudo verlo todo con claridad, sin la espesa y sucia niebla que había enturbiado su mirada las veces que abrió los ojos durante las últimas horas.

¿O fueron en los últimos días?

Oía el suave roce de pies al otro lado de la puerta. Las aladas pisadas de las enfermeras, y las más recias de los médicos, o los visitantes que hablaban en voz baja.

Él no tenía ningún visitante.

La enfermera empujó la puerta y asomó la cabeza. Era rubia, bonita y muy eficiente por lo poco que podía recordar.

—¿Está usted despierto?

—Sí...

Entró. Le pasó los dedos por la frente.

—Pasó la crisis, señor Wagner —dijo—. Ya no hay fiebre. Todo va bien.

—No para mí. Estoy entumecido, paralizado, muerto.

—Bien, estaba «casi» muerto cuando le trajeron. Estuvo cinco horas en el quirófano para extraerle la bala que tenía alojada cerca del corazón.

—¿Otra vez?

—¿Cómo dice?

—Olvídelo. ¿Cuándo llegué aquí?

—Cuando sea de noche hará exactamente siete días.

—¿Siete...?

—Estuvo inconsciente mucho tiempo. Avisaré al doctor, señor Wagner...

—Un momento...

Ella se inclinó, solícita.

—¿Sí, señor Wagner?

—Es usted muy linda...

—Eso demuestra que se recupera satisfactoriamente. Rió con simpatía y se irguió otra vez.

—La bala no afectó mis hormonas —dijo él.

—Ya lo veo.

Se encaminó a la puerta. La detuvo otra vez.

—Un momento más, por favor...

—¿Qué se le ha ocurrido ahora? —sonrió la chica—. ¿Qué hospital es éste?

—El Central, naturalmente.

El suspiró larga y profundamente.

—Hubo una chica aquí... hospitalizada...

—Jannina Garose —adivinó ella. Su sonrisa se hizo más abierta y amistosa—. Le dieron de alta ayer. —Bien...

—Sólo que no se fue.

—¿No?

Ella le hizo un guiño malicioso y abandonó la habitación.

Johnny dejó pasar el tiempo con la mirada vacía clavada en el blanco techo.

Más tarde se abrió la puerta y Jannina entró, cerrando cuidadosamente a sus espaldas.

—Hola, Johnny —dijo con voz ahogada, avanzando hasta estar junto al lecho.

—Hola, Jannina.

—Me dijeron que ibas a morir cuando te trajeron aquí... Tenías una bala grande muy cerca del corazón.

—Sí.

—Pero vives.

—Debes lamentarlo.

Ella abrió el bolso y hundió la mano en él. Cuando la sacó empuñaba la pequeña automática niquelada que durante unos instantes apuntó a Johnny implacablemente.

—Bien, hazlo, querida...

Una triste sonrisa aleteó en los labios rojos de Jannina. Dejó caer la pistola sobre las sábanas.

—No sirve —dijo—. No he vuelto a cargarla desde aquella

noche... El enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—No sé... Tuve miedo.

—¿De matarme?

—No... de volverla contra mí para huir del terror.

—Comprendo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Todavía no lo he pensado.

Ella tomó asiento en el borde de la cama.

—Me escucharás, Johnny... No puedes irte ahora, ni hacerme callar. Nadie vendrá a interrumpirnos hasta que llame... He convencido a la enfermera para que me ayude...

—Eso tenía que llegar. ¿Qué quieres decirme, que disparaste por error?

—No. Lo hice con todos mis sentidos puestos en aquel disparo. El hizo una mueca amarga.

—Nunca lo dudé...

—Pero no es como tú crees, Johnny.

—¿Otra vez?

—Te tenían rodeado, ¿recuerdas? Dos de los mejores hombres del coronel Tuayev armados con revólveres rusos equivalentes a nuestro «45»...

—Sigue.

—Estabas perdido, ¿no comprendes? Les convencí de que quería hacerlo personalmente... Les divirtió la idea y me dieron una oportunidad de demostrarles mi devoción al Partido. De modo que me acerqué a ti y te disparé por la espalda... pensé herirte en el hombro... Sólo que en la oscuridad la bala casi te mató. Después pensé que fue una suerte, porque ellos no se conformaron con mi palabra. Se acercaron para comprobar que el balazo era en el corazón. Luego se fueron.

—Ya veo...

—Aquella fue la noche más larga de toda mi vida.

A partir de ella me separé paulatinamente del servicio... Creen que tengo los nervios destrozados, lo que en cierto modo es cierto.

—De modo que te debo la vida —refunfuñó él—. Me salvaste la vida pegándome un tiro en la espalda. ¡Que me ahorquen!

—Eso era cuanto quería decirte, sólo que tú nunca quisiste

escucharme. Estabas cegado de odio, loco de rencor... Ahora, ya lo sabes. Puedes quedarte la pistola. Fue con ésta con la que disparé.

Se levantó y corrió, sollozando, hacia la puerta.

—¡Jannina!

No le hizo caso. Abrió y salió. El repitió, a gritos:

—¡Jannina, vuelve!

Hubo un pequeño revuelo allá fuera. Después, la enfermera entró empujando a Jannina que todavía trataba de librarse de sus manos.

—Se me ocurre que está usted muy nervioso, señor Wagner —dijo con falso reproche.

—Me excitaré mucho más si esta mujer se marcha de aquí. Me levantaré y haré trizas el hospital...

—Estoy segura que lo haría. Ya lo oyó, señorita... Debe quedarse y... y escucharle, ¿sí?

Jannina sollozaba. Necesitó sentarse otra vez en el borde de la cama porque las piernas apenas la sostenían.

La enfermera añadió, deteniéndose junto a la puerta:

—Creo que será preferible que cierre con llave por fuera... Sólo para estar segura, señor Wagner.

Él le sonrió.

—Es una excelente idea.

Los ojos de la muchacha reían cuando sacó la llave de la cerradura y la colocó por el exterior. Luego, cerró la puerta. Sonó el chasquido de la cerradura y todo fue silencio, sólo roto por los sollozos de Jannina.

—Escúchame...

Ella siguió llorando.

—¡Maldita sea, cierra el grifo! Jannina le miró entre las lágrimas.

—Está bien, olvídale... Se me ocurre que quizá tuviésemos una oportunidad... tú y yo...

—¿Una oportunidad de qué?

—De vivir, de confiar, de amar... ¡Qué sé yo! Lo dijiste una vez, tenemos derecho... Ella se inclinó sobre él.

—¿Y tu trabajo, ese organismo salvaje y cruel...?

—Renunciaré.

—Johnny, si fuera cierto...

—Volveremos a París —se animó de repente—. Pasearemos a orillas del Sena... trataremos de encontrar el pasado... para que el presente sea como soñamos entonces.

—Oh, Johnny; sería tan hermoso...

Se dejó deslizar hacia él y estrujó la boca contra la del hombre que una vez estuvo a punto de matar. El la rodeó con sus brazos, olvidando el dolor que cada movimiento le causaba.

¿Qué importaba el dolor si era suya como fue en un tiempo, si sus labios ardían en una llama inmensa de amor y entrega...?

No oyeron girar suavemente la llave en la cerradura. Tampoco vieron a la enfermera asomar precavidamente la cabeza y mirarles con un brillo sospechoso en sus ojos claros y bellos, en los que, de todos modos, siguió bailando la risa contenida...

Volvió a cerrar.

Tampoco esta vez se olvidó de dar vuelta a la llave. Sólo que en esta ocasión, la sacó de la cerradura y la guardó en un bolsillo.

Tal vez se sintió un poco Cupido aquella noche...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.